

La Ilustración Artística



Artística

Año XXVIII

BARCELONA 13 DE SEPTIEMBRE DE 1909

Núm. 1.446

UNA SOLEMNIDAD ARTÍSTICO-LITERARIA

REPRESENTACIÓN DE «MACBETH» EN LA ABADÍA DE SAINT-WANDRILLE (FRANCIA)



La eminente actriz Georgina Leblanc de Mæterlink («lady Macbeth») en la escena del sueño

(Escena primera, acto V.)

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Una solemnidad artístico-literaria en la abadía de Saint-Wandrille*. — *La campaña de Melilla*. — *Barcelona. V Congreso de Esperanto*. — *Beziere. Representación de «La fille du Soleil» en las Arenas*. — *El archivo de Guibray*, novela ilustrada (continuación). — *La fotografía y la mecánica*, por V. Forbin. — *La busca de tesoros submarinos*, por V. Forbin. — *El centenario del levantamiento del Tírol contra Napoleón I*. **Grabados.**— *Georgina Leblanc de Materlink («Lady Macbeth») en la escena del sueño*. — *Claustro de la abadía de Saint-Wandrille*. — *Las brujas saludando a Macbeth*. — *Macbeth invitando a Banquo al festín*. — *Severin Mars («Macbeth») en la aparición del espectro del Banquo en el festín*. — *Las brujas evocando los espíritus malignos*. — *La aparición del fantasma*. — *La campaña de Melilla*, cinco fotografías. — *Exposición Regional gallega. El pabellón central*. — *Pabellón del Centro Gallego de la Habana*. — *Arco levantado al lado de la Alameda*. — *Arco del lado del paseo de la Boveda*. — *Gran salón de fiestas*. — *Los trabajadores de la tierra*. — *Los trabajadores del mar*, cuadros de Klein-Chevalier. — *El Dr. Lázaro Luis Zamenoj*. — *Barcelona. Sesión inaugural del V Congreso Internacional de Esperanto*. — *Beziere. Representación en las Arenas de «La fille du Soleil»*. — *Máquinas para imprimir fotografías, pulir lentes y explorar los fondos submarinos*. — *El centenario del levantamiento del Tírol contra Napoleón I*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Santiago de Compostela se han abierto dos Exposiciones: una moderna, otra de Arte retrospectivo, denominada Arqueológica. Como yo suelo desconfiar de lo moderno, al menos en mi patria, me fui derecha a la retrospectiva, esperando encontrar en ella algo bueno. Y encontré mucho, muchísimo más de lo que pensaba, porque ni creí — con ser gallega y conocer algo mi país — que tanto hubiese de arte en él, ni que, aun habiéndolo, la nota de retraimiento y cautela que domina en la psicología de la raza permitiese a los dueños de objetos de valor desprenderse, aun temporalmente, de ellos, y correr los riesgos del envío.

Tengo que explicar lo que arriba estampo sobre mi desconfianza de lo moderno. No desconfío de lo moderno por serlo, sino porque no estamos aún al corriente de cómo se ha de elaborar. Nadie hubiese sentido satisfacción mayor que la mía al ver en Galicia celebrada según corresponde una gran Exposición industrial. Yo espero que con el tiempo se celebrará, en alguna de las dos ciudades modernas e industriales, Vigo y la Coruña. Por ahí se dice que en Galicia no hay industria; pero también oímos decir que no había arte, excepto el arte arquitectónico, que ese salta a la vista, y algunos santos de palo obra de Gregorio Hernández, Felipe de Castro y Ferreiro, y acabo de ver surgir de la tierra, afluir de manantiales desconocidos riqueza artística incalculable. No diré que nuestra industria pueda competir con la de Cataluña y Vizcaya. Algo tenemos, no obstante, que poder presentar en un Certamen como el abierto en Santiago de Compostela; y de este algo nada aparece en los edificios (bellamente concebidos y planeados, pero ejecutados con materiales de alfeñique) que componen la Exposición moderna. Al menos, en la semana siguiente a su inauguración. (1)

Y es que lo más hacedero, en la labor de organizar estos Certámenes, es buscarles sitio, construir las barracas, traer unas palmeras y unos evónimos, ó cosa parecida, para el momento inaugural. El verdadero trabajo serio es tener en la cabeza el mapa de la producción y actividades económicas del país, el cuadro de su cultura, y estimular, de mil modos, con el concurso de todos estos elementos, el concurso de los productores, a fin de presentar el verdadero estado de una región, el cuadro de sus fuerzas y energías, de su vida de trabajo y lucha, en el reducido espacio que las Exposiciones consienten.

Viniendo a la Arqueológica ó Retrospectiva, aun cuando no he visto terminada la instalación, y hasta diré que la he visto atrasadísima, ya se podía afirmar que era un éxito completo y una sorprendente revelación. Nadie ignora las vicisitudes que han contribuido a arrebatar a España mucha parte de su tesoro artístico. El vandalismo ha sido plaga; las llamas han devorado maravillas; la exclaustación, nube de langosta, arrasó la cosecha secular; todas las revoluciones — y bien reciente está la prueba — han emulado a los bárbaros primitivos, en su estado regresivo y en su ciega impulsión; la codicia ó la necesidad han vendido lo que jamás debió venderse; los charileros han recorrido pueblos y aldeas llevándose lo mejor; la ignorancia ha trocado, como los indios, por bujerías de quincalla objetos de oro puro; el modernismo mal entendido ha causado estragos también... Saqueados los conventos, arruinadas ó adocenadas tantas casas nobles; después del francés, las guerras civiles, las incursiones de prenderos ma-

drileños, los robos de iglesias parroquiales, ¿qué podía quedar? Pues quedaba; y quedaba en tales proporciones, que aun sin colocar y revueltos los objetos, era deslumbrador el conjunto.

Reflexionando bien, ocurre pensar cuán superiores a la actual eran las épocas en que nadie se eximía de pagar al arte tributo. Nacen hoy y mueren las gentes sin haber llegado a poseer un objeto bello: todo es bisutería, bazar, utilidad, fealdad innoble... Y la fealdad, aceptada, consuetudinaria, rebaja el nivel de las generaciones. Hoy las comunidades religiosas no sienten la necesidad de poseer algún admirable cuadro, algún santo de talla muy bello, de esos que se enseñan con respetuoso encomio en las viejas iglesias. Verdad que si lo poseyesen vendrían las turbas idiotizadas a rociarlo de petróleo y prenderle fuego. Hoy los ricos tienen mil refinamientos de higiene, muebles laqueados, trajes que cuestan miles de francos; pero no pueden presentar a la admiración de los que visitan su casa una prenda de artística hermosura, como algunas que aquí he visto y que proceden de familias nobles y oscuras del solar gallego.

En la Exposición retrospectiva de Santiago hay cantidad de telas, muebles, pinturas, tallas, cueros de Córdoba, lozas, hierros, bronce, imaginería de piedra, marfiles, colecciones prehistóricas, libros, grabados; pero lo que predomina es la plata de iglesia, y en este aspecto del arte sólo la Exposición del Centenario de Colón en 1892 y la de París en 1900, con las colecciones austrohúngaras, podrían eclipsar a lo que en Santiago se ha reunido. Hay que tener en cuenta la importancia de Santiago en el período medioeval, del XII al XV, con las peregrinaciones, y el impulso que recibió el arte en Galicia por medio de la poderosa corriente inmigradora, que procedía de los países entonces más adelantados de Europa, y encontraba aquí ya otros elementos propios, fecundizados al contacto.

Hay joyas en la Arqueológica de Santiago que son conocidas de todos los inteligentes, gracias en gran parte a los trabajos tan concienzudos y bien informados de D. José Villaamil y Castro, a haberse publicado sus reproducciones en el Museo Español de antigüedades y a haber sido exhibidas en la Histórica de 1892, aquel grande y meritorio esfuerzo de don Antonio Cánovas del Castillo. Otros objetos, en cambio, son quizás por primera vez ofrecidos a la contemplación de los aficionados a esta clase de estudios.

Conocidos y desconocidos, aquí se reúnen en prestigiosa agrupación. Las cruces procesionales son tantas, que me parecería curioso contarlas si estuviesen colocadas todas. Lo mismo digo de los cálices, entre los cuales noto especialmente uno, el de Santa María de Pontevedra, una monería gótica, decorada al estilo jacobeo tan frecuente en los bargueños, con las conchas del peregrino. Una cruz procesional me sorprende por lo gracioso de la idea; es gótica también, y está formada con ramas de espino de plata. No cabe nada más artístico, que parezca más moderno por su elegancia y ligereza.

Entre las cruces las hay notabilísimas con esmaltes, en que la plata alterna con el cristal de roca. De las que he visto colocadas sobresalen la de Allariz, del convento de Clarisas, y dos de Astorga, una gótica y otra plateresca. Téngase en cuenta que los límites de Galicia, en la Edad Media, alcanzaban al reino de León.

Un viril de Noya compite con el primoroso regalado por doña Mariana de Neoburg a la Colegiata de la Coruña. Este viril de la Coruña es de un encanto especial, pues tiene un pie en la decadencia de fines del XVII, pero conserva las más nobles tradiciones. Es una maraña de racimos, hojas dentadas y de gentil involución, y angelillos traviesos que entre ellas se esconden. Esta idea de los angelitos y los racimos y follajes será, con el tiempo, favorita de los discípulos de aquel artista genial que se llamó Churriguera; al menos, en retablos y camarines. Pero en el viril de la Colegiata todavía domina la sobriedad, en medio del lujo fastuoso de los detalles.

El célebre báculo del obispo D. Pelayo es sobrado conocido. Sus ricos zapatos andan también por aquí. Los he visto en una sala entonces no instalada todavía, y en la cual reinaba ese pintoresco desorden que tal vez acrecienta el atractivo de la rebusca de un objeto oculto bajo otros varios, en confuso montón. Por allí andaban dispersos guantes episcopales, cajas de miniaturas, abanicos, cacharros, crucifijos de marfil, bordadas chupas, casullas de dorada estofa. Era el momento de la actividad en enviar, recoger y colocar como se pudiese, con gran derroche de clavos y una brigada de carpinteros. A cada instante llegaban cajones, se desempaquetaban cuadros, y realmente estaban mereciendo bien de la patria los que atendían, incansables, a tal faena. Es preciso nom-

brarles, pues son personas doctísimas y han puesto en la obra vida y alma. Son el conocido anticuario y arqueólogo D. Ricardo Blanco Cicerón, cuyo hijo, como el mío, figura ahora entre los soldados voluntarios de Africa; el ilustradísimo catedrático don Salvador Cabeza León, y el no menos sabio sacerdote D. Eladio Oviedo. Ellos, mañana y tarde, se consagran, ó se consagraban cuando vi la Exposición, a ordenar, clasificar, depurar, situar los objetos de modo que su lucimiento fuese mayor y el público pudiese apreciarlos y hasta aprovechar en entenderlos; y a ellos, no lo dudo, corresponderá la ardua y magna tarea de redactar el catálogo, ya que, por desgracia y por achaque común de esta clase de Certámenes, ni sombra de él existe todavía. Sería gran lástima que este catálogo no se llegase a imprimir.

Entre los activos y entendidos organizadores se cuenta uno de los expositores que más han contribuido a enriquecer las vitrinas: me refiero al señor Blanco Cicerón, que presenta objetos notabilísimos en marfiles, tablas, cruces, y sobre todo una colección que por lo rara y única está a la altura de lo más importante en su género, como documento etnográfico y como muestra de arte arqueológico: hablo de la famosa colección de fíbulas y torquis, de oro en su mayor parte, y algunos muy gruesos y macizos, de elegante y curioso diseño. Sólo se encuentra esta joya en Galicia y Portugal, y se la considera, más que celtibérica, propiamente céltica. Alguna presenta también la Diputación provincial de Pontevedra; pero la colección de Blanco Cicerón es suntuosa y comprende los más señalados y variados ejemplares.

Hay otro expositor, el Sr. Pazos, que merece que yo le dedique aquí un elogio, acompañado de algunas explicaciones y observaciones. El Sr. Pazos presenta en la Exposición de Santiago tal cantidad de objetos, que si no cabe decir que la llena, podrá al menos afirmarse que la rellena. No es posible que, presentando mil ó dos mil cosas, sean todas de gran mérito, y que no existan entre ellas algunas dudosas como autenticidad — por ejemplo, los platos de Manises imitando la cerámica hispano árabe. — No obstante, en conjunto, las colecciones del Sr. Pazos son muy interesantes, y tienen la ventaja de permitir (al exponerse debidamente clasificadas) que se estudien numerosas manifestaciones del arte español y aun del arte en general. Yo he notado que en España, creo que por esta tendencia nuestra a echar, como decirse suele, la soga tras el caldero, a desdeñar lo relativo, se da poca importancia a lo que no es completamente de primer orden. Todo lo contrario sucede en Francia, donde a cualquier futesa se atribuye valor, y yo debo decir sinceramente que mucho de lo expuesto con respeto y estimación en museos como el Carnavalet y el nuevamente creado de Arte decorativo, de París — y si me apuran, bastante de lo que las vitrinas de Cluny guardan, — no es superior a algo de lo que el Sr. Pazos presenta. Un objeto de arte, con tal que sea auténtico y esté bien conservado, no necesita ser obra maestra para prestar el inmenso servicio de auxiliar a la cultura y para tener su lugar señalado, si no en el terreno de la estética pura, al menos en la historia del arte. Sólo la colección de llaves antiguas — creo que es del Sr. Pazos también, — que ocupa varias panoplias en el claustro del edificio de la Exposición, merece que se le otorgue al Sr. Pazos el título de muy meritorio coleccionista. Y no digamos nada del esfuerzo de traer aquí tanto objeto, y de la pérdida de no pocos de cerámica, que, como es sabido, difícilmente resisten el transporte.

He oído varias veces exclamar en los museos: «¡Bah! ¡Y esto se expone! ¡Unas hebillas de zapatos! ¡Pues si mi abuelo tenía unas así, y anduvieron tiradas por el desván de casa!» Pues justamente las hebillas del abuelo, y hasta la cofia de la abuela, tienen su lugar en museos especiales, no como lo tiene la Venus de Milo, sino como por otro concepto — é insisto en el ejemplo del Museo de Arte decorativo de París, tan útil, tan admirado, donde se conservan y exhiben cosas de que nos reimos aquí.

En cambio, diré que la mayor parte de los objetos procedentes del Museo Romero Ortiz causan extrañeza. Presentar la colilla de un cigarro nunca será lícito en una Exposición de Arte retrospectivo, aunque sea la colilla que apuró, momentos antes de ser pasado por las armas, un heroico general. Mucho se ha ejercitado la sátira contra las reliquias, pero las reliquias son cosa de fe; la fe no se discute, y nadie envía reliquias a una Exposición. Estas reliquias del Museo Romero pueden tener interés en colección particular; nunca en Exposición artística.

Con esto, quédese para otra crónica algo que no debe omitirse al reseñar la de Santiago.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(1) En la página 607 publicamos algunas vistas de la Exposición Regional. (N. de la R.)

UNA SOLEMNIDAD ARTÍSTICO-LITERARIA
 REPRESENTACIÓN DE «MACBETH» EN LA ABADÍA DE SAINT-WANDRILLE



Claustro de la abadía de Saint-Wandrille

De verdadero acontecimiento literario-artístico merece ser calificada la representación de la hermosa tragedia de Shakespeare *Macbeth*, efectuada hace pocos días en la abadía de Saint Wandrille. Sí, ha sido un gran acontecimiento por la valía de la traducción, ó mejor dicho reconstitución, que de aquella obra ha hecho el ilustre dramaturgo Mauricio Mæterlinck; por la maestría incomparable con que ha interpretado el principal personaje la famosa actriz Georgina Leblanc de Mæterlinck, y sobre todo por el lugar en donde ha sido la tragedia puesta en escena.

El traductor insigne encabeza el prólogo de su trabajo con este párrafo: «La traducción que ofrecemos al público no es la traducción íntegra de *Macbeth*; no es tampoco una adaptación personal más ó menos arbitraria. Escrita con mira á una representación determinada, en ella he intentado simplemente reproducir el drama tal como se representa en Inglaterra, en donde una tradición, ya larga, casi definitivamente fijada, y nacida de la fuerza de las cosas y de una im-

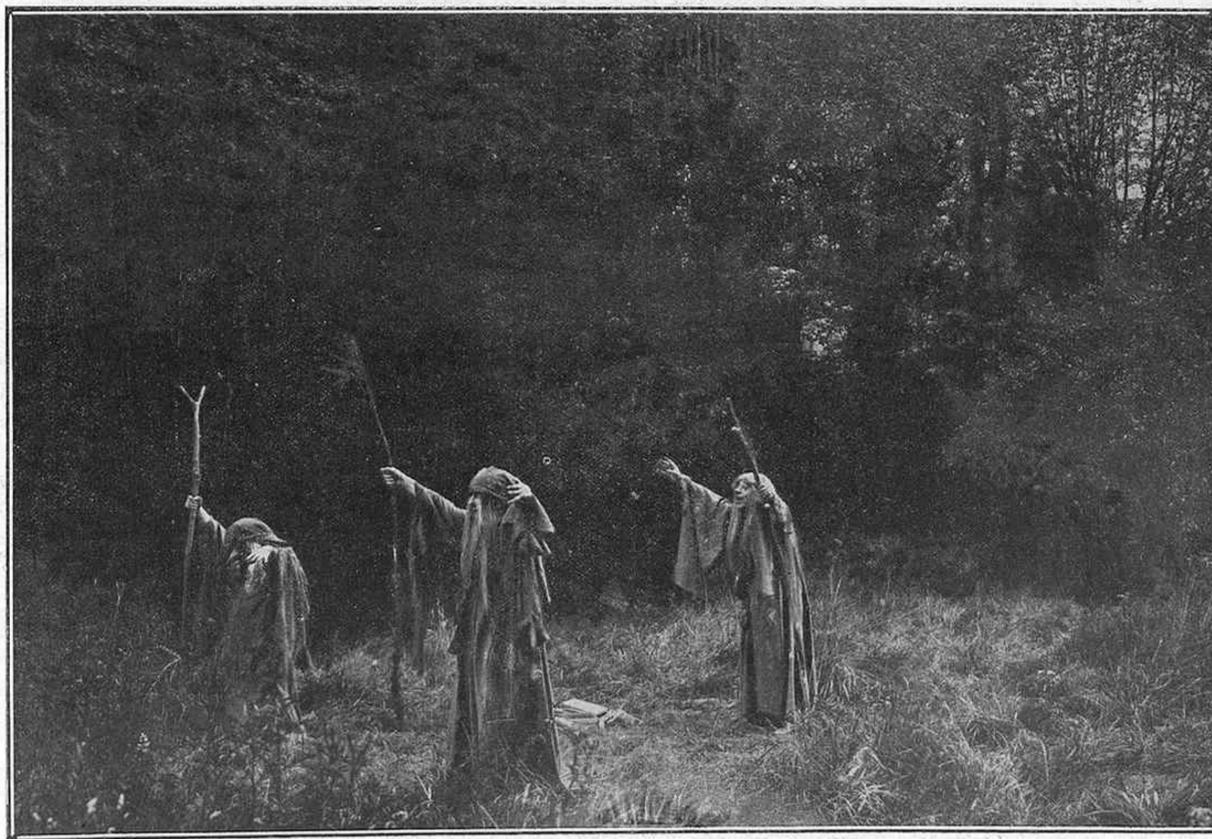
periosa experiencia escénica, ha despojado poco á poco el poema de sus elementos dudosos, oscuros y parásitos, para reser-

var sólo sus partes luminosas y realmente vitales.» Pero con haber hecho esta traducción no se colmaban los deseos del poeta, que soñaba con una representación de tal índole que merced á ella pudiera revivirse, por decirlo así, la obra de Shakespeare y pudieran los que la presenciaron experimentar en

llaran enfrente de la realidad misma. Entonces la digna compañera de Mæterlinck, la artista inspirada que tantas y tan hermosas creaciones ha realizado durante su brillante carrera y que tomó para sí el difícil é interesante papel de lady Macbeth, concibió el proyecto de poner en escena la tragedia en la abadía de Saint-Wandrille, en donde reside durante el verano la genial pareja.

Ningún sitio más apropiado que aquel para una representación de este género. He aquí cómo le describía, unas semanas antes de la función, el distinguido redactor de *Le Figaro* Abel Bonnard:

«No lejos de Caudebec, cerca de un río y al pie de un bosque, presenta mezclados en confusión encantadora todos los estilos y todos los siglos; desde el XII al XVIII: una entrada con adornos del Renacimiento; una iglesia del siglo XIV con sus columnas rotas, sus bóvedas semi-derruidas, sus ventanas huecas, con sólo un ventanal azul, sus piedras que la naturaleza rodea y recobra, sus arcos gastados en los que la hiedra natural se sobrepone á la hiedra esculpida, sus ha-



Las brujas saludando á Macbeth. (Escena primera, acto I.)

toda su intensidad los sentimientos, las emociones, las impresiones que aquélla despierta cual si se ha-

ces inmensos de columnas que parecen volver á convertirse en grupos de árboles, y á su lado un claustro

del siglo xv con su arquitectura vigorosa y florida, con sus piedras atigradas por toda clase de musgos, rosadas, carcomidas, y en todas partes estatuas yacentes, bustos deformados por la humedad, claves de bóveda medio sepultadas entre la hierba, viejas puertas obstruidas por las hojas, rincones tapados por zarzas bravías, y también jardines de recortados bojés; grandes portadas del siglo xvii y pomposos edificios de la misma época, y bajo los viejos techos abovedados, una sala capitular, una capilla, una infinidad de estancias desiertas, un dedalo de corredores silenciosos y de habitaciones del tiempo de Luis XV con sus maderas esculpidas, y sobre todo el gran refectorio del siglo xv con su amplitud bárbara, sus arcos que se introducen en la pared, su silencio en el que el menor ruido es solemne, su sombra en la que la más débil luz es importante, y todo esto sin que unas cosas formen contrastes rudos con otras, antes al contrario, conciliándose todos los estilos y todas las épocas bajo la autoridad del tiempo, como los músicos bajo la batuta del director. Esto es Saint-Wandrille.»

formado irresistiblemente en personajes de vida intensa y *realizada*; mezclados con ellos, arrastrados por el torbellino de una acción frenética, ¿no han creído los espectadores en ciertos instantes ser ellos también actores? Si abrigaban dudas, éstas han sido barridas por el huracán de lo verdadero, desde las primeras



Macbeth invitando á Banquo al festin
(Escena primera, acto III.)

palabras; y los que tenían fe han visto tan sobrepujadas sus esperanzas, que han comprendido que también ellos eran incrédulos. Una emoción prodigiosa les ha invadido, y á Saint-Wandrille deben uno de esos momentos de plenitud en que la vida siéntese saciada.»

Toda la gloria de esta representación, que señala una nueva fecha en la historia de las realizaciones teatrales, corresponde á la señora Leblanc de Mæterlinck, que no sólo concibió el proyecto y lo realizó á fuerza de estudio, trabajo y perseverancia, sino que además ha interpretado magistralmente el papel de lady Macbeth, haciendo de este personaje una de sus creaciones más geniales.

Los grabados que publicamos, y que reproducen las principales escenas de la tragedia, permiten formarse una idea de lo que ha sido esa re-

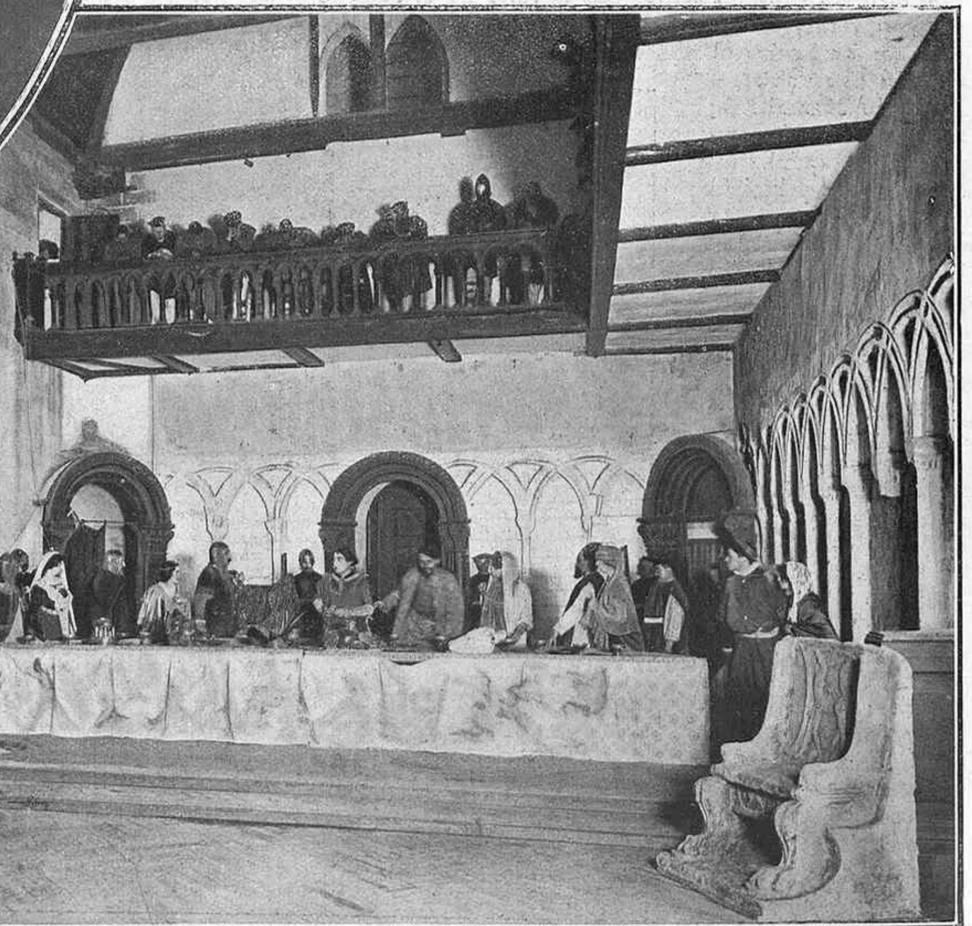


El actor Severin Mars (Macbeth)
en la escena de la visión del puñal
(Escena primera, acto II.)

Aquella mansión, glorioso resto del feudalismo, parece hecha á propósito para que en ella se representase *Macbeth*, tragedia eminentemente feudal por su acción y por sus sentimientos, según afirmó y demostró hace medio siglo el sabio literato francés Emilio Montegut en un eruditísimo estudio de aquella obra.

Y en Saint Wandrille se ha dado una representación única de la obra, ante un número reducido de espectadores, pocos más de cincuenta, que en grupos de cinco y conducidos por familiares de la abadía vestidos con trajes de época, iban trasladándose de un lugar á otro y presenciando desde las ventanas, ó desde el balcón del refectorio, ó desde los arcos del claustro, todas las peripecias de la obra.

«Más bien festigos indiscretos que es-
pectadores—dice el cronista de un importante diario parisiense—con el corazón oprimido y estremecida el alma, han habitado los lugares de una espantosa aventura; lejanas figuras de leyenda, hechas de pronto familiares, se han trans-

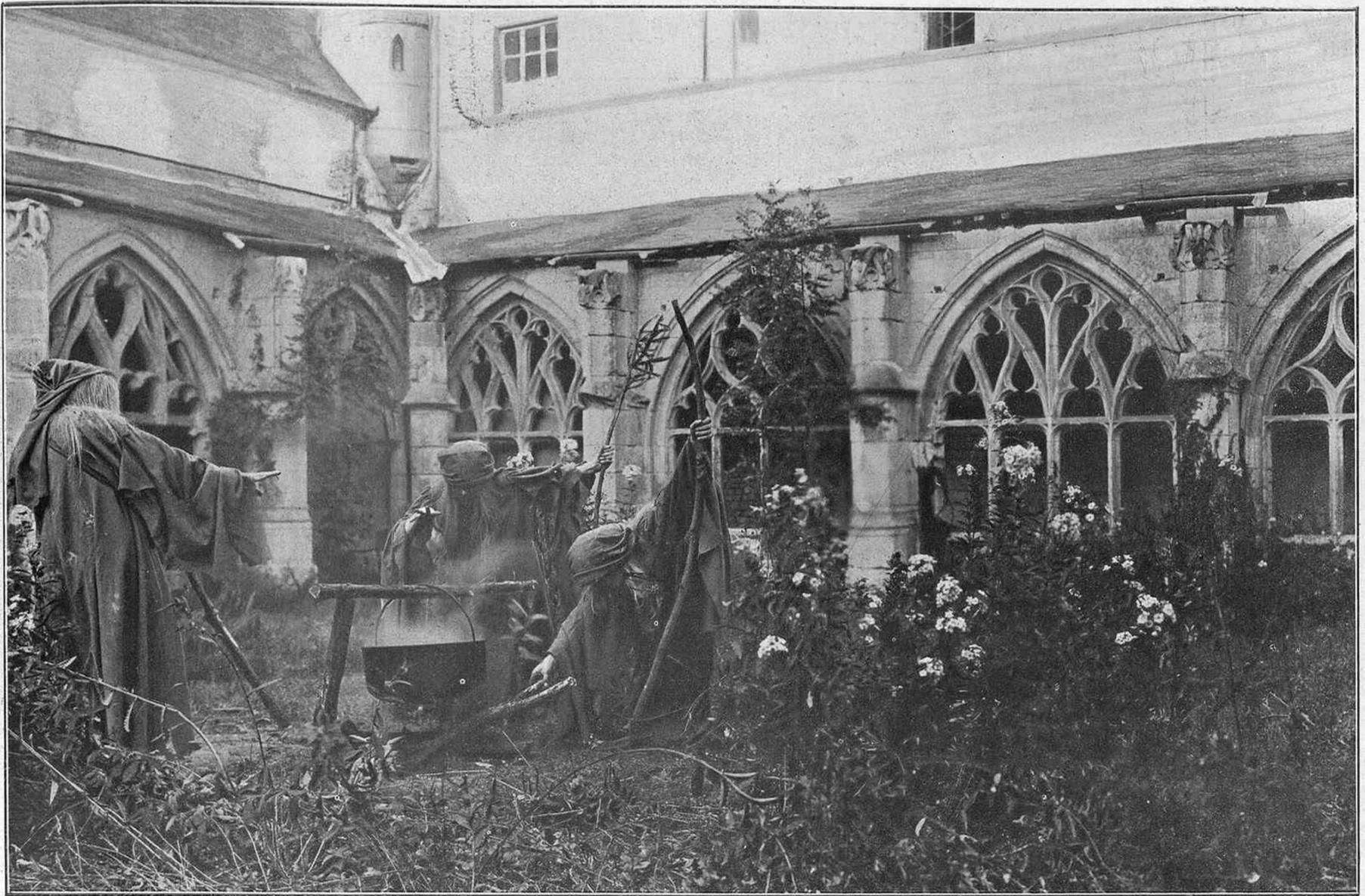


La aparición del espectro de Banquo en el festin. (Escena tercera, acto III.)

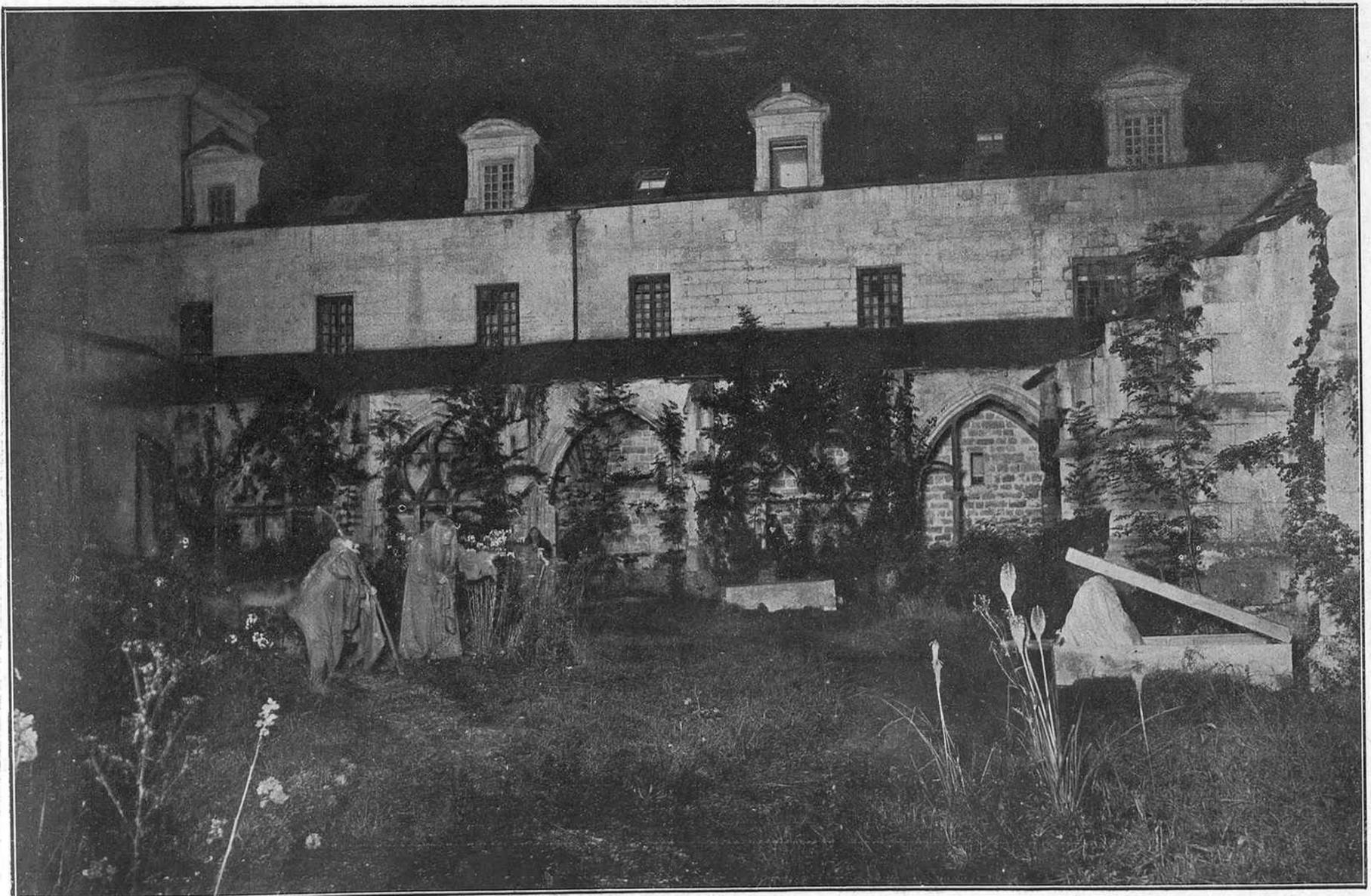
presentación, cuyo recuerdo jamás se borrará de la memoria de los privilegiados que han podido presenciarla.—P.

(Fotografías de M. Branger.)

UNA SOLEMNIDAD ARTÍSTICO-LITERARIA
REPRESENTACIÓN DE «MACBETH» EN LA ABADÍA DE SAINT-WANDRILLE

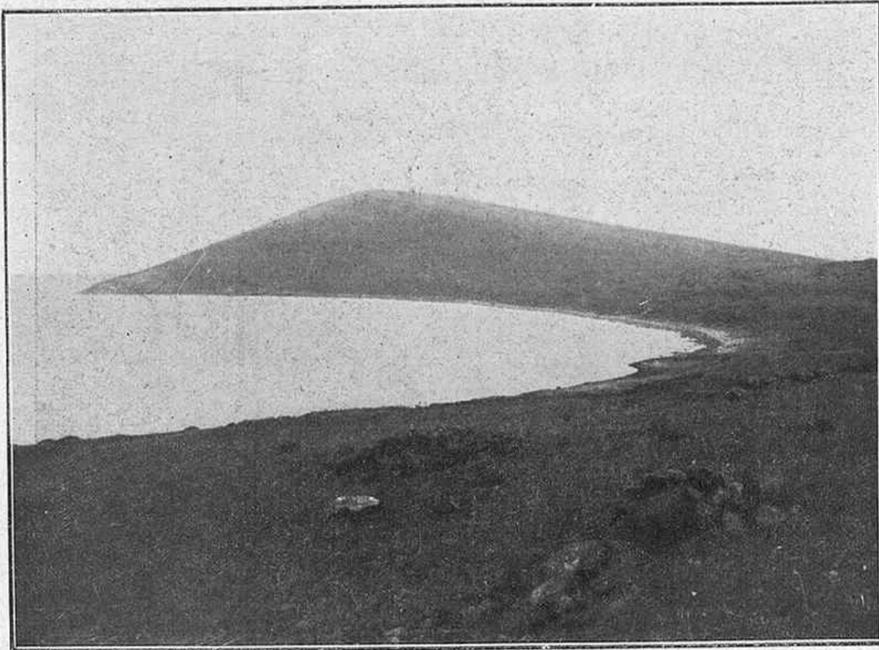


Las brujas evocando los espíritus malignos. (Escena primera, acto IV.)



La aparición del fantasma. (Escena primera, acto IV.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de Asenjo y Lorduy.)



Mar Chica y el monte Atalayón

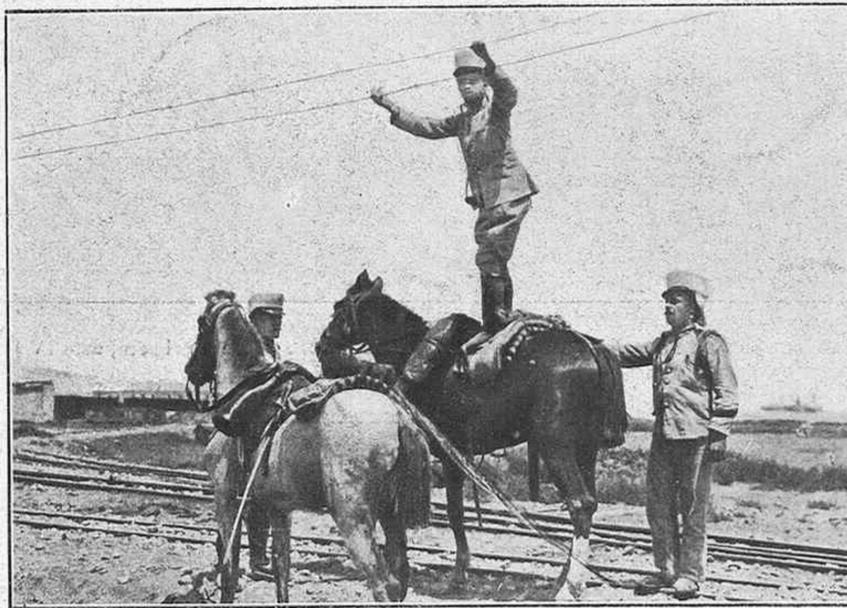


Moros adictos construyendo el canal de la Restinga

Una serie de operaciones tan hábilmente concebidas como brillantemente realizadas han permitido a nuestras tropas ocupar nuevas e importantes posiciones en pleno territorio cabileño.

Después de varias visitas de moros influyentes que hacían protestas de lealtad a España, el general Marina quiso convencerse de la sinceridad de estos sentimientos, y al efecto dispuso que el día 4 el general Aguilera efectuase una excursión por el territorio de las cabilas que se decían amigas. Llegaron nuestras tropas hasta Muley Alf Cherif, y a su regreso fueron hostilizadas por los cabileños. El general Marina, que se hallaba en la Restinga, concedió a éstos veinticuatro horas para entregar a los agresores, y habiendo transcurrido el plazo sin que nadie se presentase, ordenó la salida de dos columnas al mando del general Aguilera para castigar a los rebeldes. Entablado el combate el día 6, los cabileños, después de seis horas de lucha, huyeron abandonando sus posiciones a nuestras tropas, que se habían batido bizarramente.

No disponemos de espacio para relatar aquella acción; diremos únicamente que la operación fué admirablemente ejecutada y que, como consecuencia de ella, nuestros soldados se apoderaron del poblado de Lahadara, que incendiaron, y muchos caídos han hecho su sumisión entregando gran número



Patrulla de ingenieros componiendo los hilos del telégrafo

de armas y satisfaciendo las multas que les han sido impuestas.

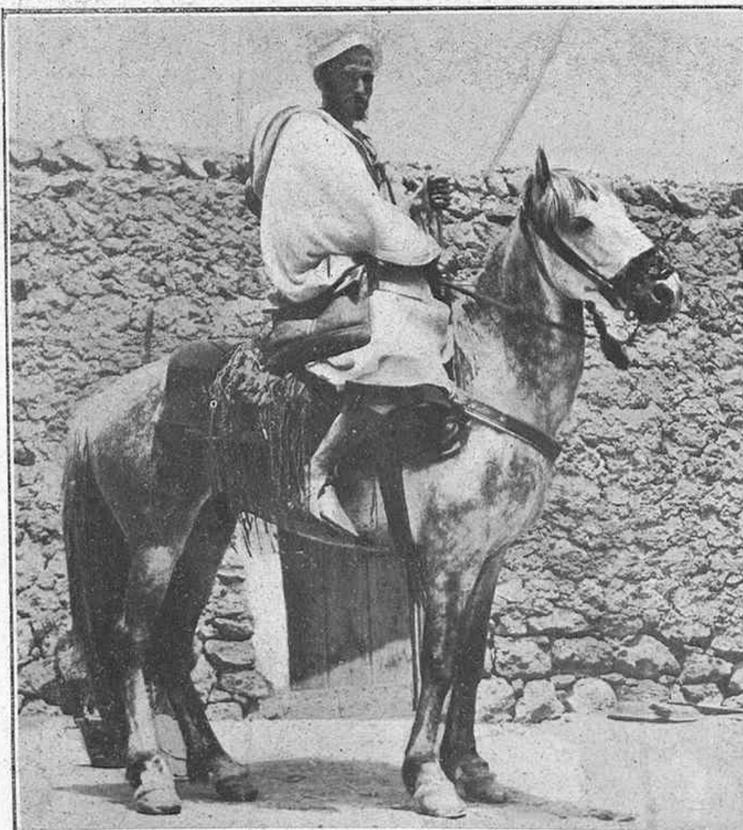
En Lahadara se ha establecido un campamento que domina el camino de Zeluán.

La necesidad de defender todas estas nuevas posiciones y las que se vayan sucesivamente ocupando hasta quedar enteramente realizado el plan que con tanto acierto va llevando a cabo el general Marina, ha obligado al gobierno a enviar nuevos refuerzos al Africa, para donde ha salido ya la división que manda el general Alvarez de Sotomayor y a preparar el embarque de otra al mando del general Ampudia.

Las operaciones son perfectamente apoyadas por los buques de nuestra escuadra. Actualmente se hallan en la costa de Africa los cruceros *Carlos V*, *Princesa de Asturias* y *Extremadura*; los cañoneros *General Concha*, *Temerario*, *María de Molina*, *Marqués de la Victoria*, *Hernán Cortés*, *Alonso Pinzón* y *Don Alvaro de Bazán*; los destroyers *Osado* y *Audaz*, el guardacostas *Numancia*, el transporte de guerra *Almirante Lobo* y las lanchas cañoneras *Condor* y *Cartagenera*.

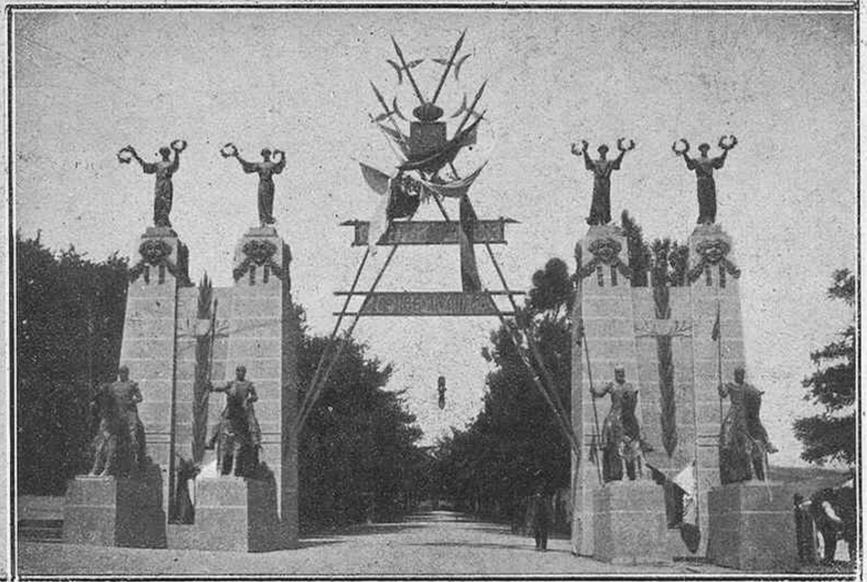
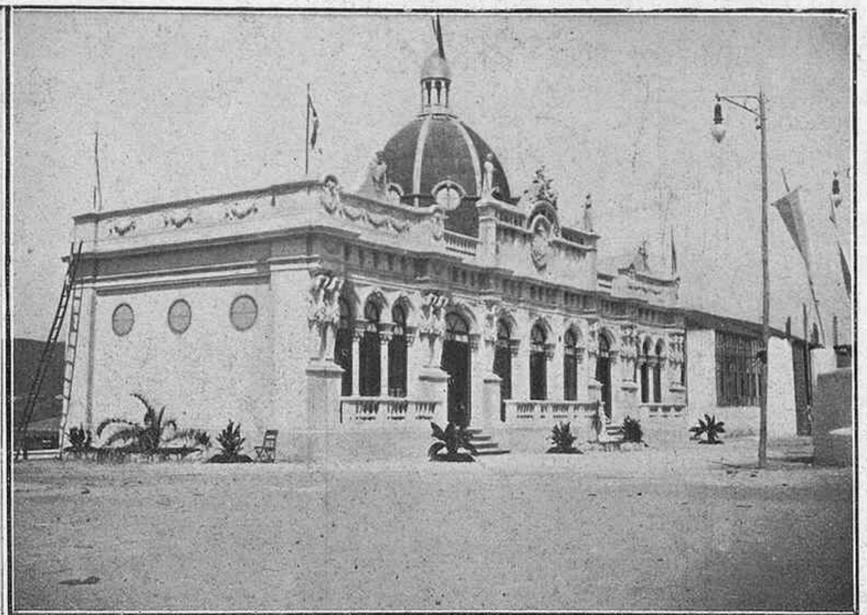
Se ha inaugurado el ramal del ferrocarril minero que va hasta la bocana de Mar Chica y que facilitará en alto grado las operaciones de aprovisionamiento.

Desde el día 4 se utilizan para el servicio de convoy, con excelente resultado, los camellos adquiridos en Argelia. - R.



El jefe Mohamed Chacha, gran amigo de España que en el combate del 26 de agosto último se ha batido a nuestro lado al frente de 200 cabileños. - El caíd Bu Sfia (1), el más prestigioso de los caídos de Quebdana, que ha ofrecido su concurso a España; el coronel Larrea (2), y el teniente coronel Aucas (3), comandante militar de Chafarinas

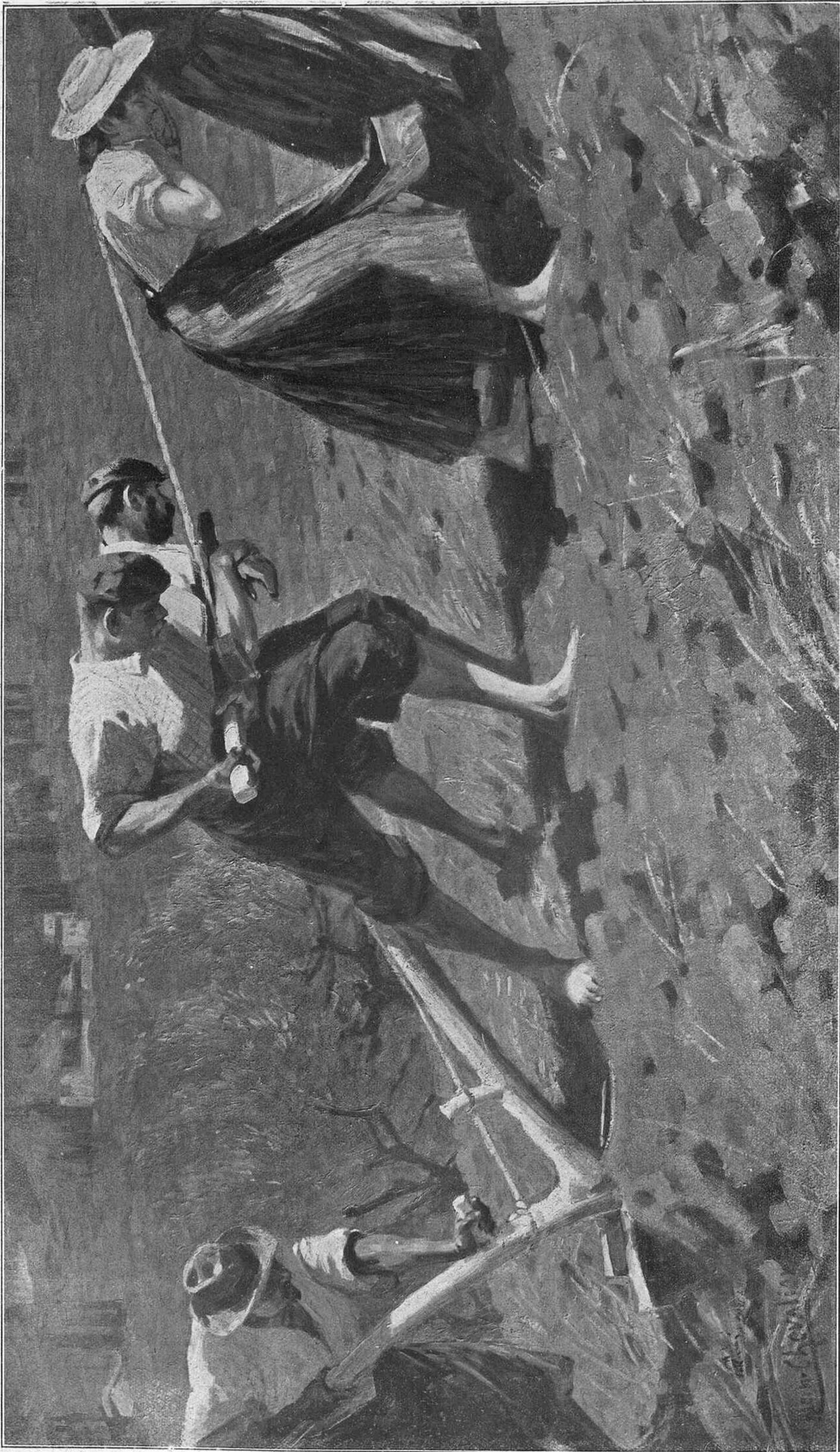
SANTIAGO.—EXPOSICION REGIONAL GALLEGA



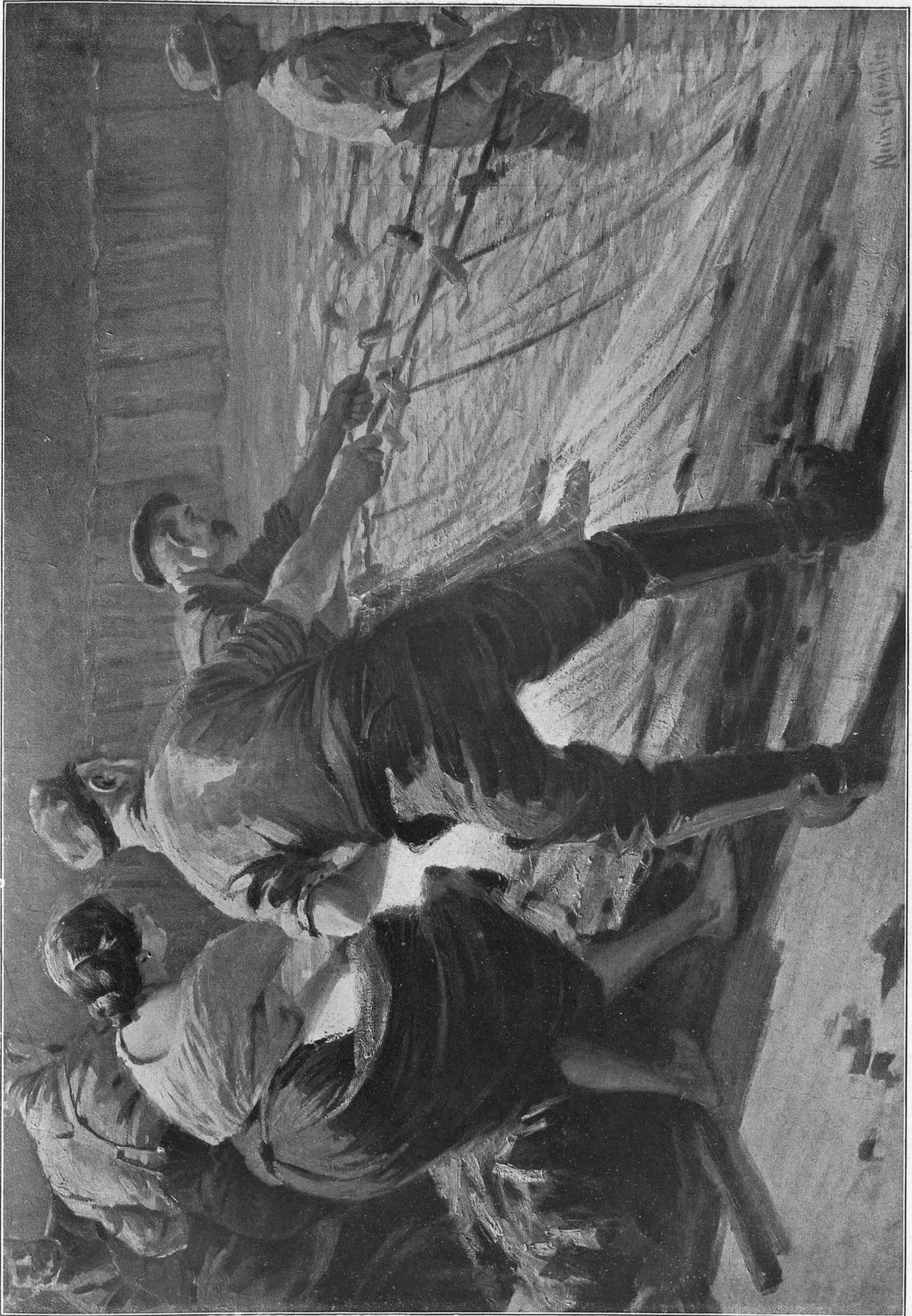
El pabellón central.—Pabellón del Centro Gallego de la Habana.—Arco levantado al lado de la Alameda
Arco del lado del Paseo de Boveda. (De fotografías remitidas por el Sr. Carrero Goyanes)



Gran salón de fiestas. (De fotografía de Chicharro Bisi.)



LOS TRABAJADORES DE LA TIERRA, cuadro de Klein-Chevalier

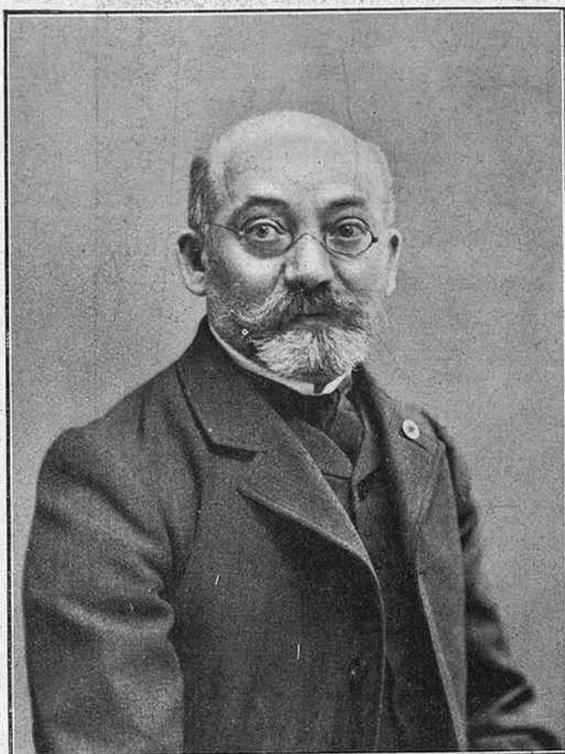


LOS TRABAJADORES DEL MAR, cuadro de Klein-Chevalier

BARCELONA

V CONGRESO INTERNACIONAL DE ESPERANTO

Durante la última semana se ha celebrado en esta ciudad el V Congreso Internacional de Esperanto, al cual han con-



El Dr. Lázaro Luis Zamenhof, inventor del idioma universal auxiliar Esperanto y presidente del V Congreso Internacional esperantista recientemente celebrado en Barcelona. (De fotografía.)

currido, además de los muchísimos esperantistas que hay en Barcelona, gran número del resto de España y del extranjero. Entre éstos últimos figuran el inventor del *Esperanto*, doctor Zamenhof, delegados oficiales de los gobiernos de Bélgica, Noruega y Estados Unidos y otros muchos representantes de Alemania, Bohemia, Brasil, Inglaterra, Escocia, Dinamarca, Holanda, Hungría, República Argentina, Rusia, Grecia, Turquía, etc.

El congreso ha celebrado varias sesiones, generales unas y especiales otras de las distintas secciones en que se ha dividido. La inaugural se efectuó el día 6 en el Palacio de Bellas Artes y fué solemnísimas; el grandioso salón estaba enteramente lleno y ofrecía un aspecto magnífico. Fué presidida por el Dr. Zamenhof y á ella asistió el alcalde accidental Sr. Layret.

Los congresistas forasteros han sido obsequiados con excursiones á Montserrat, á Sitges y al Tibidabo, conciertos, funcio-

nes teatrales y otros festejos, todos los cuales se han visto extraordinariamente concurridos.

El congreso ha sido un verdadero éxito para sus organizadores y para el fin que éstos se han propuesto al celebrarlo, es decir, hacer resaltar las excelencias y fomentar la propagación del *Esperanto*, de esa lengua universal auxiliar, llamada indudablemente á un hermoso porvenir.

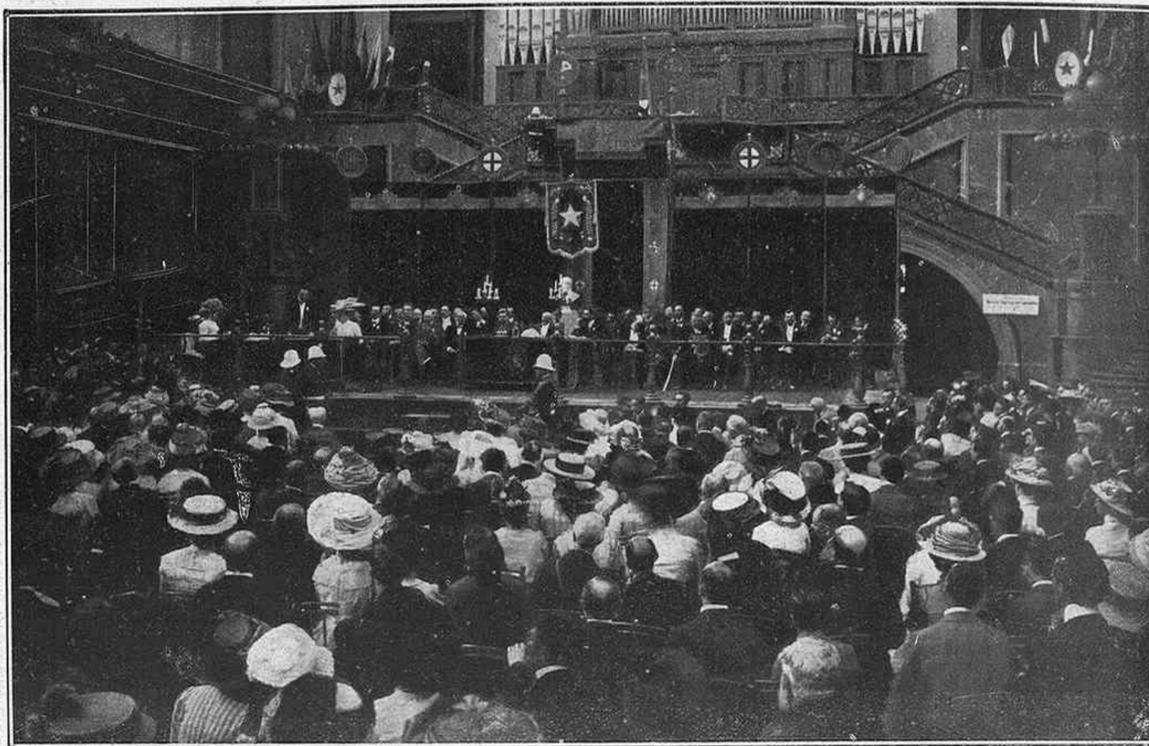
El inventor de ésta, Dr. Lázaro Luis Zamenhof, nació en Welostock (Rusia) en 1860; es doctor en medicina y ejerce la especialidad de oculista en Varsovia. Sus vastos conocimientos lingüísticos y su gran amor á la humanidad le impulsaron á la creación del *Esperanto*, cuyos progresos han sido tales que habiendo aparecido el primer manual en 1887, cuenta hoy con un número inmenso de adeptos, distribuidos por todos los países del mundo, con más de mil quinientas sociedades esperantistas y con más de un centenar de periódicos.

tables, efectuóse hace pocos días el estreno de *La fille du Soleil*, tragedia lírica en tres actos, poema de Mauricio Magre, música de Andrés Gailhard, cuya acción se desarrolla en los tiempos homéricos.

El argumento abunda en escenas eminentemente dramáticas y en situaciones que se prestan admirablemente á la inspiración de un compositor y al talento del escenógrafo.

La música de Gailhard es notable por su frescura y por su espontaneidad, y sobre todo se adapta admirablemente, no sólo á las situaciones del poema, sino también al medio para el cual ha sido escrita.

En cuanto á la *mise en scene*, toda alabanza es poca: el pintor Bailly ha compuesto para *La fille du Soleil* una decoración que es una maravilla, y el dibujante Betout, de la Opera de París ha dibujado los trajes. La orquesta se componía de 400 profesores bajo la dirección de Nussy-Verdié; los coros, de



Barcelona.—Sesión inaugural del V Congreso Internacional de Esperanto celebrada en el palacio de Bellas Artes el día 6 del corriente. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

BEZIERS

REPRESENTACIÓN DE «LA FILLE DU SOLEIL»

EN LAS ARENAS

En las Arenas de Beziere, en donde, de diez años á esta parte, se han dado cada verano representaciones de obras no-

250 coristas, y el cuerpo coreográfico, de sesenta bailarinas.

Los papeles cantados han sido interpretados por la señora Spennert, señorita Laute-Brun y Sr. Noté; los recitados, ya que en la obra alternan el poema y la música, lo han sido por las señoritas Gilda Darthy y Magdalena Roch, y los señores Dorival, Joubé, Duparc y Valbel.

Del efecto grandioso que producía el conjunto de todos estos elementos da perfecta idea el adjunto grabado.



Beziere.—Representación en las Arenas de «La fille du Soleil», tragedia lírica en tres actos, letra de Mauricio Magre, música de Andrés Gailhard. (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Detúvose Pedro unos momentos para reflexionar. Después continuó leyendo:

«He visto la luna roja, nubes de sangre y profundos trastornos en medio de las estrellas. No puedo contar lo que he visto... Un gran astro, el más alto en el horizonte, ha caído de pronto en el vacío, y alrededor llovían pequeñas estrellas como lágrimas. Quiero dudar..., pero eso significa el desastre: la muerte del rey, la muerte de la nobleza, todos asesinados..., y entre esas víctimas mi bisnieto, á quien tanto le gusta beber, reír y cantar. Sí, morirá de una muerte nueva, horrible, ignominiosa... Será el fin de un mundo... Nacerán otras cosas que no puedo distinguir, que yo ignoro. ¡Ay de los Guibray! ¡Ay de ellos en el castillo, en tierra y en el río! ¡Ay de ellos en la colina y en el hogar! Por todas partes traición y rebeldías. El campesino se ha sublevado, horca en mano... Todo se derrumba: los de arriba vienen abajo, y los de abajo les suceden... No queda nada... El viento sopla en una soledad... El eco repite un prolongado grito de agonía... ¿Es que la raza ha muerto?»

Esta vez Pedro, temblando, admitió los augurios de Matías como verdades. Se inclinaba ante una evidencia. El destino estaba escrito. El barón Carlos sin duda no había leído aquellas líneas, ó no había creído en ellas, ó bien la fatalidad resultaba soberana, á pesar de los vanos esfuerzos de los hombres.

Tenía el vértigo; levantóse y vaciló como si estuviese borracho.

¡Ah, todo conspiraba para turbar su razón! No le faltaba más que volver algunas hojas para conocer su propia suerte, de antemano explicada por aquel prodigioso adivino. ¿Qué horrores iban á abrumarle de nuevo, á

descorazonarlo para siempre, á ponerlo triste y livido para el resto de sus días?

Se puso tieso, recobró todo su valor, acercóse otra vez á la mesa, se dejó caer sobre el taburete y buscó su sentencia en las páginas siguientes.

Matías continuaba:

«La casa dispersada..., nada queda..., vagos fantasmas muy lejos..., en el extranjero sin duda, en el destierro quizá..., batallas en todas partes, en el mar y en la tierra... Pero de Guibray nada; no veo absolutamente nada..., hay como un eclipse de cien años. Luego los astros reaparecen..., disminuidos, nebulosos, como de un cielo diferente, de una atmósfera distinta. No reconozco ya á los míos... Son míos, sin embargo... Allá, en el horizonte, avanza una pequeña

la familia antes desunida, dislocada; dos grupos hechos enemigos por error, por venganza; el grupo legítimo, el grupo de los hijos naturales, que siguen siendo nobles por el alma, ignorándose á sí mismos. Pero ¡qué confuso es todo esto! Y además hay lágrimas; pero Guibray renacerá á pesar de todo, bajo otros aspectos y en tiempos diferentes, reducido á la calma absoluta, después de haber desaparecido las grandezas. Y en adelante la raza existirá para muchos años aún, nivelada por la igualdad social, resultado de los trastornos sucesivos y de un espíritu nuevo. Los días de las aristocracias están contados...»

Pedro perdía la cabeza; en presencia de tanta exactitud en ciertos presagios, se hallaba confundido.

La Revolución, el destierro, luego la existencia de sus padres, arrancados de su tierra, todo estaba claramente marcado. El mismo se hallaba anunciado, él, el aparecido, el escudriñador de escombros..., el enderezador de piedras caídas.

Pero ¿por qué el siniestro profeta, el prodigioso vidente, decía que al principio él se equivocaría, que erraría el camino, que evitaría lo que debiera buscar, guiado por malos consejos que, sin embargo, se creyeron sinceros?

¿A quién evitaba? ¿A Bertilla? ¿A los Faulque? En esto no podía andar desacertado.

¿Malos consejos? El tío Jaime era el único que le había indicado sus futuros deberes. Según Pedro, el tío Jaime no podía cometer semejantes errores, y continuaba siendo puro y sagrado en la memoria de su resobrin.

Además, el vaticinador de porvenires embrollados añadía que él lograría su fin, que realizaría sus proyectos por medio del amor y la alianza con una ra-



Bertilla y Pedro mostraban igual altivez.

estrella, en marcha ascendente; vacila, titubea en medio de la refriega astral... Diviso un joven, que vuelv de lejos, de muy lejos, al menos desde el punto de vista de las distancias morales, procurando reunir lo dispersado, reedificar lo derruido, reconstruir lo que antiguamente fué. Al principio, en todas partes le engañan..., yerra el camino; evita lo que debería buscar, presa de la ilusión, siguiendo malos consejos que, sin embargo, se creían sinceros. Continúa sus esfuerzos... Por fin logra su fin; levanta la casa de Guibray, reanudando, volviendo á estrechar por medio del amor y la alianza los dos grupos de

ma siniestra del árbol de Guibray.

Pero esa rama no existía, no había existido nunca... ¡Locura..., divagación! No había habido nunca bastardos en la familia, conccidos al menos, en ninguna época.

¿Entonces?... Como en todos los oráculos humanos, había una parte de verosimilitud al lado de otra parte más grande de absurdo...

Sin embargo, el conjunto de aquellas predicciones resultaba extraño, desconcertador al análisis y á propósito para causar pesadillas á los simples. ¿Lo era él? No lo creía. Y no obstante, todo aquel fárrago

misterioso le tenía impresionado hasta el fondo de su ser. Le tenía asustado y alegre al mismo tiempo, sobre todo porque hallaba en él una esperanza de conciliación general, promesas de paz entre enemigos designados.

Y conocía el nombre de éstos, y su figura terrestre, y su personalidad actual, y estaba poseído de ellos.

Apartó de sí el cuaderno de horóscopos que así terminaba, y lo rechazó con un gesto de cólera y maldición.

Aquella lectura no era propia para atenuar su mal, para disipar sus angustias; al contrario; además, se sentía humillado de observar así la vanidad de los destinos humanos, previamente ordenados, en una negación del libre albedrío y de la utilidad del esfuerzo individual.

Atomos empujados por la brisa ó el huracán, los seres evolucionaban al acaso, tranquilos ó precipitados, impulsados en un movimiento general que seguían sin voluntad ni resistencia; y el valor venía á ser vano, y el pensamiento superfluo. Lo más natural y lo mejor era, pues, dejarse llevar, resignados á lo inevitable. Los fatalistas eran unos sabios... La espontaneidad resultaba letra muerta, el orgullo se venía abajo.

¿Qué importaban entonces la antigüedad de las razas, las proezas de los héroes, si unos y otras no eran más que juguetes del azar, inconsciencias andando bajo el eterno dictado de leyes superiores? Nada quedaba en pie de las creencias altivas, y nadie tenía derecho, aun después de terminada su tarea, á estar orgulloso de su obra. El no había hecho más que obedecer á fuerzas irresistibles, y esta necesidad no era ninguna virtud.

Durante mucho tiempo Pedro filosofaba de este modo; removía ideas nuevas que le sorprendían, conduciendo todas por igual á la disminución de lo que él veía grande.

Fué la lección de la duda, que había de ser provechosa para aquel espíritu que marchaba á través de la sombra de las preocupaciones quiméricas hacia la luz brutal de las realidades.

En su turbación, en su desconcierto de alma, de pie en la vasta sala sonora, profería palabras incoherentes, absurdas, que no tenían relación alguna con los hechos inmediatos.

Decía frotándose las manos:

«Después de todo, yo tengo veinticuatro años..., pero este año llueve mucho..., la vida es larga... Todo eso es tonto.»

Deteniase bruscamente; juzgaba él mismo la estupidéz de aquella crisis mental, y volvía sobre sí, furioso de haber delirado de aquel modo.

A punto estuvo de tratar al ilustre antepasado Matías de viejo loco; tan cansado estaba de lo sobrenatural... Iba perdiendo el respeto á los ascendientes, hasta entonces venerados.

Buscó en los pergaminos alguna prueba de aquella demencia que él se complacía en sospechar, y en esto también sufrió una decepción, pues encontró, por el contrario, una carta meritoria del noble astrólogo al rey de Francia, á Luis XIV.

Este monarca había decidido una mañana atribuir al cabildo de Mantes los privilegios, dotaciones y beneficios de un hospital de leprosos situado en el dominio de Guibray y dependiente, hasta entonces, de la baronía.

A semejante noticia, Matías contestó con estas líneas, que probaban una hermosa independencia de carácter, una grande elevación de espíritu, si se tiene en cuenta la época y los personajes:

«Señor, tenéis todos los derechos, exceptuado el de ser injusto...»

Continuaba en este tono, con gran dignidad.

Y el rey, reconociendo su error, renunciaba á sus proyectos.

No, el autor de aquellas líneas no era, no podía ser un charlatán vulgar... Era todo un hombre, de gran corazón. No había mentido refiriendo sus audaces proyecciones sobre los acontecimientos futuros; era de buena fe, incapaz de fraude, de mistificación. Había que darle crédito; el mismo Luis XIV lo había escuchado.

Más por una especie de malicia de la suerte, siempre aparecía la sombra al lado de la luz. Pedro vio más adelante que Matías se había ocupado minuciosamente de la transmutación de los metales; había buscado la piedra filosófica. Por consiguiente, había sido también alquimista, lo cual era menos noble.

Además, Pedro descubrió que los dos tíos de Matías, los Sres. de Villiers y de Courtray, y su suegro, el conde de Vernon, habían muerto los tres de repente, en la época en que la Brinvilliers y la Voisin fabricaban venenos rápidos, cuyo secreto Matías había sorprendido y penetrado quizá. Siempre la sin-

gular mezcla del bien y el mal en el alma de Guibray..., capaz de todo, de lo mejor y de lo peor.

Entonces, desanimado, no sabiendo ya qué deducir, Pedro renunció por algunos días al estudio de aquellos papeles terribles.

Con el mes de octubre reapareció un sol tardío en la campiña desolada, la templó y secó los caminos.

Una mañana Pedro, tentado por la suavidad del día, se escapó de su madriguera y partió á la ventura.

El río había recobrado sus matices azulados y el oro de las hojas secas se reflejaba en él en medio de esplendores soberanos; los pájaros ejecutaban un inmenso concierto en los tilos; el magnífico otoño ostentaba su triunfo, se revestía del encanto melancólico de los brillos efímeros; las glorias breves son las más adorables.

Pedro siguió por el río, que era, como siempre, el punto atrayente del paisaje. De vez en cuando levantábase con indolencia un viento flojo que traía olores acres de tierras mojadas, de hierbas aún vivaces.

Empezaba ya á olvidar las emociones de antes, gracias á la prodigiosa fuerza de la hermosa juventud, que súbita y sucesivamente se entristece ó se alegra en un mismo instante.

Iba al azar, observando alegremente las pálidas flores otoñales, brotadas á pesar de la lluvia y la fría atmósfera de las semanas anteriores.

Sin embargo, la eterna obsesión le dominaba todavía; y estaba resuelto á no evitar ya nada ni á nadie por miedo á algún error, teniéndose ahora por advertido por los consejos del gran vidente.

Atravesó el pueblo; ya le saludaban, pero no más profundamente que á tal ó cual pequeño burgués retirado y establecido en el país con mil quinientos francos anuales de renta; le saludaban simplemente porque le conocían de vista y porque era parroquiano de algunos tenderos que, por su dinero, le debían una reverencia, y también porque Brice, orgulloso de su intimidad con aquel noble joven, había declarado cien veces en la taberna que D. Pedro era «el mejor muchacho del mundo.»

Pero nadie tenía en cuenta los títulos del pasado. Aquel saludo iba dirigido á su propia persona, prescindiendo de los antepasados desconocidos.

Muchos se asombran de que, en la mayor parte de las familias, hasta en la clase media acomodada, las noticias sobre el origen no suelen remontarse á más de dos generaciones, y sin embargo es así.

Con más razón sucedió esto en los pueblos, entre rústicos campesinos, cuyos hijos empiezan apenas á saber leer, escribir y contar. Pero á todos les tiene sin cuidado su propia historia; todo lo antiguo carece para ellos de interés. Lo que les importa es el porvenir; sobre todo la próxima cosecha, la inminencia del granizo y el aspecto de los mantillos; y como la vida es corta, tales preocupaciones bastan para llenarla.

Quizá tienen razón esos campesinos, encorvados sobre el terreno, pues las tradiciones de raza son á menudo peligrosas; y si el recuerdo tuviese que ser perdurable, ¿no implicaría la eternidad de los rencores, el pataleo sempiterno en el mismo sitio y el paro ilógico en la marcha del tiempo?

En el pueblo se hacía, pues, al joven señor de Guibray una buena y vulgar acogida personal.

Las viejas campesinas decían «que era un guapo mozo,» y las jóvenes, con más reserva, eran sin duda de la misma opinión.

No era, ¡qué había de ser!, la entrada triunfal en medio de vasallos prosternados que soñara el joven patricio, pervertido en sus miras directas por las falsas imaginaciones de un anciano y distanciado por la época.

Pero ya desengañado y maduro para las concesiones, Pedro se contentaba con aquella acogida. Contentado con un gesto, con un sombrero, satisfecho de no ser ya el forastero sospechoso, el desconocido desdeñado de la primera semana.

Prosiguió su camino al azar.

Delante de él se alzó en el bosque la obscura y leprosa ruina del granero de la sal. Nunca lo había visto de tan cerca. Tentóle porque contenía, en la medida de las cosas materiales, parte de su historia.

Abrióse paso, entre los zarzales, hacia los muros desmoronados; el lugar era siniestro, sobre todo en aquel otoño, en que la lluvia había llenado las hoyas convirtiéndolas en charcas de cieno.

Detúvose á diez pasos de las ruinas.

Estas habían presenciado aún la gloria de los antiguos barones Le Tenant de Guibray, señores de Saint-Martin, Vetheuil, Clerence, Chautemele y otros lugares. Allí estaba el estanco de la sal; allí prestaban servicio los oficiales del rey, á las órdenes de sus antepasados; aquella era la casa del fisco; allí se habían desarrollado trágicas y lamentables escenas.

Pedro contemplaba aquello.

Las techumbres se habían hundido entre los muros; sólo subsistía uno, triangular, dominando sólidamente una gruesa torre cuadrada, maciza, de sombrío aspecto.

En el interior del edificio, en los patios, en el sitio de las antiguas habitaciones, crecían las parietarias, los cardos y toda clase de hierbas, pobladas de un mundo de larvas é insectos; desprendíase un ruido sordo de aquella vida intensa, oculta bajo los musgos.

Pedro se detuvo ante aquella visión auténtica del pasado y del presente, de las grandes cosas muertas y de los pequeños seres activos. De pronto un ligero ruido de pasos le hizo volver la cabeza.

Y vio á Bertilla cerca de él.

En el fondo del corazón sentía recíproca y dulce simpatía. Se habían buscado mutuamente; la juventud de ambos se armonizaba en silencio; eran dignos el uno del otro por su respectiva belleza; si hubiesen escuchado el impulso secreto de sus almas, se hubiesen tendido las manos.

Y á pesar de esto, ó á causa de esto quizá, se miraron con ojos de odio y no supieron cambiar más que palabras de cólera y de amargura.

Ella dijo en seguida:

—Este sitio no le pertenece á usted, caballero, y en él no está usted en su lugar...

De buena gana hubiera dicho que allí le encontraba «odioso.»

Él replicó:

—Usted dispense, señorita, lo ignoraba... Creía que estas piedras abandonadas eran de todo el mundo.

—Estas piedras abandonadas pertenecen á mi padre, y si no están rodeadas de valla es porque hasta ahora todo el mundo las respetaba.

Las voces silbaban; aquellos dos muchachos, frente á frente, mostraban igual altivez. Aquel duelo les enfurecía y encantaba. Se tenían recíprocamente un odio mortal por haber pensado tanto uno en otro, y buscaban palabras mortificantes con feroz alegría.

Pedro volvió á contestar acentuando la frase con entonaciones orgullosas, exasperantes para aquella joven que se llamaba Faulque:

—Dispense usted, señorita; pero usted debe saber que antiguamente todo este país pertenecía á los Guibray, mis abuelos. Confieso que estoy mal acostumbrado á encontrar los caminos cerrados ante mí por voluntades, mejor dicho, por caprichos más ó menos legítimos.

Bertilla dió un respingo, palideciendo.

—Sr. de Guibray, dijo, los tiempos han cambiado. Quizá ignora usted la muerte de Luis XVI. Lea usted la historia... Lea la nuestra sobre todo, y sabrá que en ese brazo de polea, encima de esa ventana, su antepasado Guislano el Gabela, de execranda memoria, mandó ahorcar á mi bisabuelo Roque Faulque, que no era más que un pobre hombre indefenso. Y ahora puede usted dejarme meditar á solas.

—Obedezco, señorita, porque en efecto los tiempos han cambiado, lo cual es de sentir bajo todos conceptos y principalmente por la cortesía.

Y saludando con una profunda inclinación de cabeza, Pedro, satisfecho de sí mismo, saltó un foso, pasó por encima de los escombros y volvió á encontrarse en el camino por el cual todo el mundo tenía derecho á pasar.

Se reía en el fondo, pues si bien no había salido victorioso del encuentro, no había sido derrotado.

Además conocía al fin el timbre de su voz, y aquel pequeño incidente le proporcionaba materia de reflexión para semanas y meses, lo cual no era de despreciar en su ociosidad.

Bertilla sentíase sacudida por el furor y se reprochaba su falta de elocuencia. Le habían faltado palabras para manifestar su indignación y sus rencores; para confundir y arrojar al intruso que hollaba con sus pies sacrílegos las cenizas del pasado.

Todo el día el joven y la muchacha, cada uno por su lado, estuvieron nerviosos, vibrantes de su violento choque.

Luego, por la noche, volvieron sobre sí, y cada cual sintióse algo más profundamente triste, sintió la aventura y sobre todo las heridas causadas, mucho más que las recibidas. Aquel abismo que deseaban llenar acababa de ensancharse todavía, y aquel golpe de pasión complicaba el drama secreto de sus corazones.

Guislano el Gabela... ¡Con qué toro de desprecio había pronunciado Bertilla este nombre y este apodo sin grandeza! ¿Tenía ella razón en sus acusaciones? Pedro convenía en ello. Volvió al archivo y buscó en los polvorientos legajos los documentos relativos á Guislano.

Estando así preparado, no invocó las circunstancias atenuantes, y desde un principio tuvo que reco-

nocer que aquel antepasado soberbio era un triste personaje, más dado al pillaje, á pesar de su época, más bárbaro, más inexorable que los primeros barones, aquellos señores feudales sin civilización, hombres impulsivos que se dejaban llevar de los primeros arranques de sus pasiones ó entusiasmos.

Este les excedía en fraude, en robo, en homicidio, en todos los crímenes. Viviendo en tiempo de Luis XV, era á la vez cínico, listo, ilustrado, corrompido, sanguinario, opresor, salteador de caminos y aplicador de tormento.

Este no tenía el alma compleja. De pies á cabeza y en todas circunstancias era siempre el mismo, es decir, infiel despiadado; cobarde siempre armado contra las debilidades inermes; fuerte abusando de la fuerza; hombre maldito, señor infame, que se reía como un bendito torturando á sus siervos.

No se observaba un momento de tregua bondadosa, ni una palabra menos dura, ni un gesto generoso en toda su existencia de bandido impune.

Robados los bienes, mataba al hombre, entregaba la mujer á sus soldados y enviaba al hijo á servir en las cuadras, bajo el látigo de los criados.

Arrogante, insolente con los humildes, era humilde y rastrero con los grandes, imploraba del rey nuevos beneficios, alegando su penuria, cuando sus bodegas y graneros rebosaban de productos arrancados por el terror, por la fuerza y por el banditismo.

Matías lo había predicho: Guisano había nacido bajo la influencia de Marte y de Mercurio, del dios de la soldadesca y del dios de los ladrones; y según la profecía, siempre dejó tras sí algunos cadáveres, pero vivió gallardamente.

Este teniente general desoló su distrito, redujo sus poblaciones al hambre; fué vil, odioso y criminal.

Entre otros pergaminos que atestiguaban veinte inicuas sentencias de personas ahorcadas ó muertas á palos por nada, por placer, Pedro encontró el acta, singularmente atroz, de la muerte de Roque Faulque, contrabandista de sal.

A fin de complacer á su señor, sin duda, el escribiente encargado de la redacción había prodigado en ella los detalles, anotado cada incidente con celoso cuidado.

Y todo el documento, que el amo aprobaba y encontraba tal vez lisonjero, no era más que un largo testimonio de violencia, de iniquidad monstruosa, de crueldad salvaje.

Aquel documento era un cínico alegato de injusticia y de muerte, que sublevaba la moral.

¿Quién sabe si el escriba tenía conciencia de lo que hacía y manejaba solapadamente la ironía filosófica, preparando así las revanchas futuras?

En presencia de Guisano el Gabela, descubierto de pies á cabeza, desnudo, con su lepra al aire, su descendiente Pedro reprimía su asco. Renegó de él, indignado, y no vaciló en dar razón á los furiosos de Bertilla.

Entonces, harto de su raza, de su manchada nobleza, salpicada de sangre, arrojó en un montón los últimos legajos incompulsados en el fondo de los armarios llenos de polvo, y salió del archivo con la firme intención de no volver á poner los pies en él.

¿Qué había encontrado allí en todo aquello? Tanta vergüenza como gloria. ¿Y cuál era el resultado de sus investigaciones?

Él contestaba: «Nada.»

¿Qué otro sentimiento podía despertar en él todo aquello, fuera de la vanidad, de la vanidad tonta, que acepta los hechos sin comprobación?

¿De qué le servía aquella pesada carga á través de su vida? ¿En qué era mejor ó más grande después de haberse remontado á los orígenes, después de haber sacudido las cenizas y turbado á los fantasmas?

En nada.

No se tenía en mayor estima; quizá, por el contrario, se estimaba menos; en todo caso, aquel fárrago de escritos, aquellos pesados legajos del crimen le parecían letra muerta, vestigios sin majestad; libro de bordo de un buque corsario justamente naufragado.

Sentíase un alma nueva —¡oh sorpresa! — vagamente democrática, y como acudió á su mente la figura del tío Jaime, inclinóse, pero se atrevió á decir:

«Anciano, ¡ay!, me temo que se equivocó usted.»

Era la derrota del pasado y la victoria de los actuales tiempos, bajo la irresistible necesidad de vivir con los vivos olvidando á los muertos que, á su vez, habían vivido para sí.

Otro sentimiento le impulsaba á poner término á su investigación, sin abrir los últimos legajos que referían la última querrela entre los Guibray y los Faulque. En la trágica historia del barón Carlos, ¿que había de encontrar, sino nuevos alimentos para las animosidades hereditarias? No se sentía con fuerzas ni con valor para odiar un poco más lo que creía

odiar en sus horas mal sinceras. Y ante ese terror legítimo, cerraba la puerta al peligro y se esquivaba. Nuevamente inactivo, se moría de fastidio durante largos días. Llegó el frío y el caserón solariego se hizo inhabitable.

Desde París, el barón Guilberto y la baronesa Valeria, de regreso de las playas mundanas, llamaban á su hijo en cartas apremiantes; le trataban de loco, si se obstinaba en enterrarse en las ruinas, en dormir en su desierto.

Una mañana, Pedro dijo á sus dos criados Medardo y Ursula:

—Preparad las maletas y cerrad las puertas; ¡mañana nos vamos!

Los dos viejos, á pesar de su edad, saltaron de alegría. La residencia en el castillo les desolaba. De día temían que les cayese encima alguna piedra del tejado, y de noche tenían miedo de los fantasmas.

Pedro marchaba resuelto á olvidar á Bertilla, que él juzgaba inaccesible, de la cual todo le separaba y le prohibía amar; marchaba también resuelto á mezclarse activamente con los demás hombres, á recobrar la palabra que, en su soledad, había olvidado casi del todo, á existir, en fin, como todo el mundo, desvanecido ya el encanto que le tenía apegado á las antiguas quimeras.

Además, reconocía que con el poco dinero que le quedaba de la herencia recibida, no podía cumplir nunca las condiciones impuestas. Se necesitaba un millón para restaurar el devastado castillo de Guibray.

También renunciaba á este proyecto. Había hecho todo lo posible; el dominio había vuelto á la familia, ahí quedaba con sus escombros y sus torres desmoronadas.

Tanto peor si los campos caían en baldío, si la viña inculta se hacía silvestre: poco le importaba.

Había respetado la voluntad del viejo tío difunto; había cumplido su compromiso; quedaba libre; su abnegación por la familia desaparecida no debía llegar, según él, al extremo de dejarse morir de consunción en un caserón desierto. No se había comprometido á tanto.

Es de notar que hablaba con poco respeto del castillo llamándole caserón, y es que le guardaba rencor.

Partió sin decir nada á nadie, ni siquiera á Brice Ursula y Menardo habían guardado el secreto.

Fué Brice quien una mañana, subiendo al castillo, descubrió el abandono.

Entró, pues ninguna puerta podía cerrarse, encontró la morada vacía y exclamó:

—El señorito se ha largado..., despidiéndose á la francesa... ¡Y yo que aspiraba á ser su intendente!.. Y bajó al pueblo á contar la noticia.

El rumor llegó á oídos de Clemente Faulque, quien se lo anunció á Bertilla.

—Y bien, ¿estás contenta? El enemigo cedió, ha huído, se esquivo y esa retirada parece definitiva; hete libre de ese malhadado vecino, que tantos temores te inspiraba; ya ves que su espantosa vecindad ha durado poco.

Y Faulque, sin notar que su hija había palidecido súbitamente, repitió:

—¿Estás contenta?

—Claro que sí, replicó Bertilla esforzándose en disimular su verdadera impresión; contentísima..., ¡ya era hora!

Mentía al hablar así. El golpe, inesperado, la había herido en el corazón.

Lo que reprochaba ahora á Pedro era su huída, lo que ella llamaba su *deserción*. Olvidaba sus antiguos motivos de queja, motivos imaginarios; pero aquella huída, aquella deserción, no se la podía perdonar.

Le reprochaba el no haberla comprendido, el no haberla sabido descubrir la verdad de sus sentimientos, así los de ella como los de él mismo, entre los cuales, sin embargo, ella era la primera en no distinguir todavía nada que no fuese confuso.

¡No importa! Él había huído; era un cobarde, indigno del amor de una muchacha como ella... ¿Del amor? A esta palabra, mentalmente pronunciada, estremecióse de espanto y se interrogó severamente:

«¿Cómo! ¿Le amas acaso?..»

Bajó la cabeza y no se contestó...

III

Una tarde de octubre en que una lluvia menuda y persistente envolvía á París en una atmósfera fastidiosa, y cuando á la débil luz crepuscular sucedían las primeras sombras de la noche, un ómnibus de ferrocarril se detuvo ruidosamente delante del pequeño hotel de Guibray, situado en la avenida Bosquet.

El barón Gilberto apartó las cortinas de una ventana y dijo á la baronesa Valeria, su mujer:

—Alégrese usted, mi querida amiga; es nuestro hijo, el castellano, que vuelve.

Y ambos fueron á su encuentro. Le encontraron más pálido, aunque bronceado por el sol, y leyeron en sus ojos graves historias tristes y melancolías profundas...

—¿Vienes para mucho tiempo?, le preguntó el padre.

—¡Para siempre!, exclamó el muchacho con voz vibrante en que había gozo y tristeza á la vez, toda la amargura de las recientes decepciones.

—¿Para siempre?, repitió la madre con extrañeza, pero también con alegría. ¿Entonces se acabó el sueño?

—Sí, se acabó el sueño, mejor dicho, la pesadilla.

El barón y la baronesa comprendieron, conforme habían presentido, que una suma inmensa de desilusión entristecía el alma de su hijo; no insistieron, estimando que nunca hay que atropellar las confidencias, si se las quiere obtener completas.

—Vamos á ver, ¿qué has hecho, qué has visto?, repuso Gilberto.

—¡Oh! Es largo de contar, aunque prodigiosamente ocioso; sin un solo hecho, sin una sola incidencia; el horror de las soledades muertas y el desaliento de las tareas imposibles, y nada más, murmuró el joven.

Y dirigía en torno suyo miradas satisfechas, enterreciéndole el ambiente del salón familiar, lleno de muebles modernos que no cojeaban, bien abrigado, bien caliente, desafiando el exterior y las intemperies.

Involuntariamente murmuró:

—¡Ah, qué bien se está aquí!

—¡Pobre muchacho!, replicó Valeria; aquí es tu casa... ¿Por qué marchaste á la triste aventura? Mal impresionado vienes cuando tanta dulzura encuentras en tu vuelta al hogar... ¿Entonces... allí?..

—Allí, interrumpió Pedro con voz sombría y los dientes apretados, he envejecido diez años en tres meses... ¡Ay, papá, qué de cosas abolidas que yo creía subsistentes! Es una ruda lección...

—Pues que te sea provechosa, muchacho... De esa manera no habrás perdido el tiempo.

—Quizá..., pero no dejo de sentir... El tío Jaime se equivocó en sus proyectos, en sus deseos soberbios... El castillo no es más que una ruina; y, más que el castillo, se ha modificado el espíritu de los pueblos. He visto cosas extrañas... Nadie se acuerda allí, en ese pueblo que lleva nuestro nombre, de los que fueron sus señores hace apenas cien años. Un Guibray, en la opinión pública, no vale más que un Durand ó un Dupont, en igualdad de fortuna... Menos rico, sería menos considerado. La nobleza acabó, ni siquiera se la odia, no se la teme siquiera; se la ignora absolutamente... Es una antigualla..., hierro viejo, sin precio en el mercado. Para restaurar el castillo, se necesitarían millones; para ganar las conciencias, no bastaría todo el oro del mundo. Habría que empezar por enseñar la historia á todos esos campesinos á quienes el pasado nada importa... Y si se la enseñase con franqueza, dudo profundamente que nos lo agradeciesen y que nos granjearásemos su amistad. Nuestra historia pesa como plomo, pues contiene más fechorías, más crímenes reales, que buenas acciones y obras saludables... Esto es lo que he descubierto primeramente en el país, y luego... y luego, ¡ay! en nuestro archivo que permaneció intacto, tenido por glorioso en razón de su antigüedad, y que no es más que un cúmulo de iniquidades, de faltas impunes, ¡cuando éramos los fuertes y los inaccesibles!

El barón y la baronesa se miraron con asombro. Aquellas palabras eran una extraña novedad en boca de su hijo; anunciaban una curiosa evolución del alma, una conversión manifiesta á ideas contrarias.

Callaron, sin embargo, esperando las explicaciones que habían de venir. Y Pedro continuó:

—El Teniente de Guibray, es decir, el poseedor de Guibray... ¡Qué irrisión! ¡El pueblo pertenece á los Faulque, papá! Se les saluda con más respeto que á nosotros; son más vivos, más directos, más conocidos, más apreciados. Para colmo de demencia, no son indignos; hacen gran papel, bien instalados en su cuadro, y respetables para todo el mundo, excepto para nosotros. ¿Esto le asombra á usted, no es cierto?

El barón contestó con una mueca de desprecio:

—¡Eh los Faulque! Por más que tengo en cuenta las distancias, los retrocesos, todo lo que se quiera, esa gente, para mí, no será nunca, á pesar de todo, más que lacayos sublevados, asesinos de sus señores. Después de todo, es posible y hasta es lógico que unas razas crezcan á medida que otras disminuyen.

Pero estas últimas palabras fueron pronunciadas con amargura.

(Se continuará)

LA FOTOGRAFÍA Y LA MECÁNICA

La mecánica, enemiga declarada de la mano de obra, ha invadido victoriosamente los más diversos dominios; pero ¿quién se habría atrevido á predecir que tarde ó temprano extendería sus conquistas hasta el santuario de un arte tan delicado y minucioso como

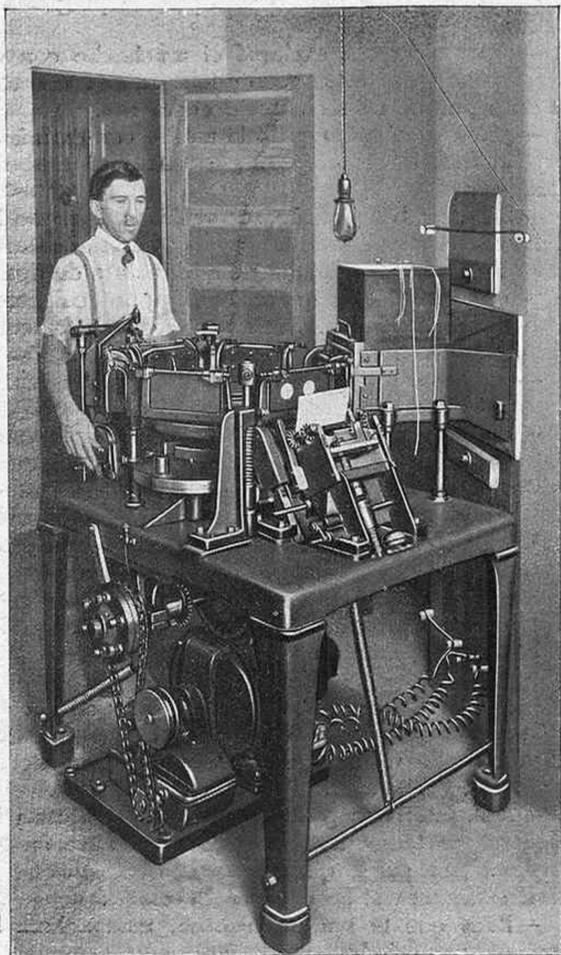


Fig. 1. - Esta máquina imprime 15 000 fotografías por hora

el de la fotografía? ¿No es acaso un santuario la cámara oscura en donde artesanos expertos imprimen y desarrollan las pruebas antes de lavarlas y fijarlas? Pues bien: en lo sucesivo, estas operaciones no requerirán laboriosos aprendizajes, porque de ellas se encargarán las máquinas; y fuerza es confesar que las manos de hierro y de acero realizan su labor mucho mejor que las más hábiles manos humanas.

Las máquinas que vamos á describir han sido inventadas para su propio uso por la más importante casa de fotografías estereoscópicas de los Estados Unidos, la compañía H. C. White.

Bien conocido es el estereoscopio, ese instrumento de óptica que da la impresión del relieve por medio de dos imágenes planas sobrepuestas por la visión binocular; no hemos de recordar, por consiguiente, la teoría de este ingenioso aparato que se halla expuesta en los más elementales libros de física. Únicamente recordaremos que fué inventado en 1838 por Wheatstone, y que estuvo muy en boga en un principio, para luego caer en un olvido del que había al fin de salir perfeccionado.

Con su gran caja, tan incómoda como cara, el estereoscopio de espejo no podía ser más que un objeto de salón, vedado á la generalidad de las familias; en cambio, el estereoscopio lenticular, que puede llevarse en el bolsillo, pesa muy pocos gramos y sólo cuesta unas pesetas, se ha introducido rápidamente, lo mismo en la morada del rico que en la del pobre, en la escuela primaria que en la biblioteca pública. Sus conquistas, á lo menos en los Estados Unidos, se extienden de día en día: hay viajante de comercio, representante de una ebanistería, que prefiere llevarse una colección de estereogramas que reproduzcan en relieve habitaciones amuebladas por su casa, á tener que cargar con paquetes de láminas más estorbadores que elocuentes; y para atraer al excursionista á sus líneas férreas, no faltan compañías que distribuyen en los hoteles y restaurantes colecciones de

fotografías que representan los sitios más hermosos que á lo largo de sus vías se divisan, añadiendo á ese regalo el de algunos estereoscopios.

En los últimos quince años, la voga cada vez mayor de los estereoscopios había multiplicado en los Estados Unidos el número de fábricas, de las que se contaban un centenar por lo menos, la mayoría de las cuales habíanse especializado, sea en la fabricación de anteojos estereoscópicos, sea en la de estereogramas. Poco á poco, sin embargo, hubieron de ceder el puesto á poderosas rivales montadas con mejores instrumentos, y en la actualidad sólo quedan dos, la de la citada compañía H. C. White, establecida en North Bennington (Wermont), y la de la compañía Keystone, de Meadville (Pensylvania), que se reparten el mercado del mundo estereoscópico. La primera de estas dos casas es la que emplea, desde hace dos meses, las máquinas que vamos á describir.

Para que una imagen binocular dé en el antejo un resultado satisfactorio, es preciso que las dos fotografías yuxtapuestas tengan exactamente la misma tonalidad, y esta condición difícilmente se lograba con las manipulaciones del hombre; en efecto, todos los que se han ocupado de fotografía saben que una diferencia en la duración de la exposición del papel influye considerablemente en el valor del tono de la prueba; y por otra parte, es imposible determinar, con una fracción de segundo de diferencia, el tiempo de exposición de los papeles sensibles, sobre todo cuando se trata de imprimir con una placa millares de pruebas.

Todos estos inconvenientes desaparecen con la *automatic photograph printing machine* (figura 1) que funciona en una cámara oscura. El clisé desarrollado, ó negativo, se fija delante de una lámpara Cooper-Hewitt; unos cojinetes de succión toman una por una las hojas de papel sensible amontonadas en pila á su alcance y las ponen sucesivamente en contacto con el negativo. Un *ecrán*, que se abre, permite á los rayos pasar al través de la placa de cristal é impresionar el papel; ciérrase aquél, y el papel impreso, recogido de nuevo por los cojinetes y depositado en un receptor, cede su puesto á otra hoja.

Para cada nuevo clisé se determina el tiempo de

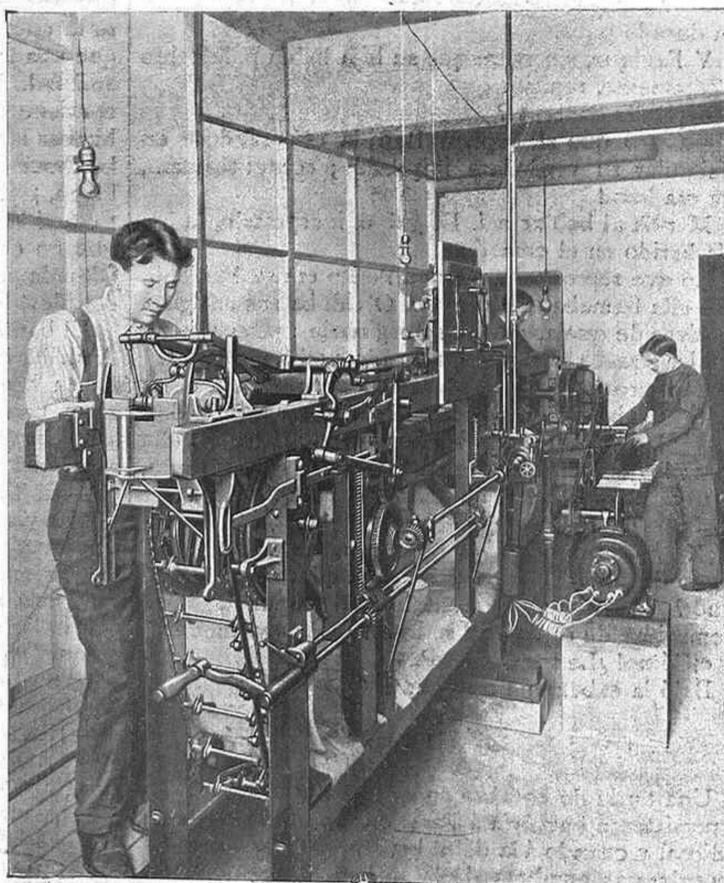


Fig. 2. - Las cajas de papel sensible, después de impresionadas, pasan por una serie de baños que las desarrollan, fijan y lavan

exposición, y una vez arreglada la máquina, pueden imprimirse centenares de miles de pruebas con una uniformidad que los antiguos procedimientos manuales no podían lograr.

Una segunda máquina (figura 2) se encarga de fijar, lavar y secar la prueba. Movida, como la anterior, por un motor eléctrico independiente, consta de una cadena sin fin que recoge los papeles impresionados uno á uno, los hace pasar por diferentes baños en donde se efectúan el desarrollo, la enjuagadura y la fijación para llevarlos finalmente á máquinas de lavado automáticas.

Una vez concluido el lavado, las pruebas son colocadas á mano sobre una correa sin fin, hecha de una red de anchas mallas, que las hace pasar sobre tubos calentados al vapor, operándose de este modo la secadura de una manera regular y uniforme. Des-



Fig. 3. - Máquina que pule simultáneamente centenares de lentes

pués las pruebas pasan á una máquina recortadora que redondea los dos ángulos superiores, quedando ya dispuestas para el montaje, el cual se efectúa sobre hojas de cartón, en las que una prensa automática ha impreso, á razón de 1.000 por hora, los títulos y subtítulos y otra ha dorado los caracteres. El montaje propiamente dicho se hace á mano: dos obreros colocados al extremo de una larga mesa en la que corren unas correas sin fin, ponen la cola en el dorso de las pruebas y las dejan sobre una de las correas que las conducen al alcance de varias obreras encargadas de fijarlas en los cartones.

Una selección minuciosa separa las pruebas defectuosas, ya para enviarlas al retoque ya para condenarlas irremisiblemente, hecho lo cual sólo falta, para entregarlas al comercio, pasar por el anverso del estereograma un barniz que lo protegerá y asegurará su conservación en todos los climas.

La fabricación de anteojos estereoscópicos, que antes constituía una industria especial, la efectúan actualmente con éxito las grandes fábricas de estereoscopios. La mencionada compañía H. C. White se sirve para ello de ingeniosas máquinas inventadas por individuos de su personal y que permiten vender á bajo precio instrumentos muy aceptables. Una de estas máquinas (fig. 3) pule á la vez millares de lentes bajo la vigilancia de cuatro ó cinco obreros; otras cortan ó juntan las partes de madera ó de metal. Baste decir, para demostrar cuán complicada relativamente es esta rama de la industria, que la fabricación de un estereoscopio, construido enteramente de metal, exige nada menos que 120 operaciones sucesivas.

Estas noticias serían incompletas si no consagrásemos algunas líneas á los operadores fotográficos encargados por esas compañías de renovar constantemente sus colecciones. Cuando estalla una guerra, ó cuando el telégrafo comunica una gran catástrofe, el operador estereográfico es el primero en llegar

sobre el terreno, y sus vistas, que tan admirable relieve toman en el anteojo binocular, iniciarán a los sedentarios, cómodamente instalados junto a la mesa de su salón ó de su comedor, en las emociones más fuertes que puedan experimentarse. ¿Hay que decir que esos operadores cobran enormes salarios? La compañía H. C. White emplea una decena de ellos, que cobran de 40.000 á 50.000 francos anuales, además de los gastos de viajes.—V. FORBIN.

LA BUSCA DE TESOROS SUBMARINOS

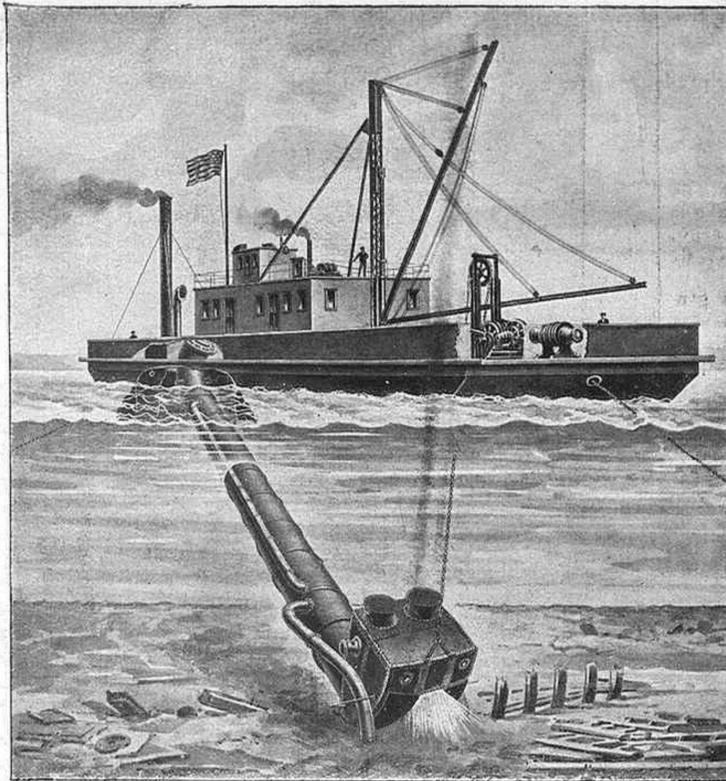
Hace dos años hablóse mucho de un aparato submarino inventado por un ingeniero italiano que había de permitir recuperar cómodamente los tesoros sepultados en el fondo del mar entre los restos de naufragios. Las esperanzas cifradas en aquel aparato no deben de haberse realizado, por cuanto Mr. Simón Lake, inventor del tipo de submarino que lleva su nombre, ha recibido de una compañía inglesa de salvamento el encargo de construir una máquina destinada al mismo objeto.

Hagamos notar que esa compañía no persigue una pista vaga, como tantas otras sociedades que, en diversas épocas, se constituyeron. En 9 de octubre de 1799, el buque de guerra inglés *Lutine*, que transportaba unos 30 millones de francos en barras de oro y de plata y en dinero que el gabinete de Londres enviaba á Hamburgo para conjurar una grave crisis financiera y que había sido asegurado por 1.060.000 libras esterlinas, naufragaba á la entrada del Zuiderzee.

Bajo la presión de Francia, en guerra entonces con Inglaterra, Holanda tomó posesión de los preciosos restos y comenzó los trabajos de salvamento; pero muy pronto hubieron éstos de suspenderse á causa de la invasión de las arenas.

Restablecida la paz en Europa, el rey de Holanda cedió, en 1820, sus derechos al rey de Inglaterra, quien los traspasó á la compañía Lloyds; la cual, durante el siglo XIX, intentó varias exploraciones aprovechando las calmas que sucedían á las fuertes tempestades. Estas tentativas dieron algunos resultados, puesto que permitieron recuperar 190 barras de metales preciosos y 12.000 monedas de oro, es decir, un valor total de más de 2.700.000 francos. Finalmente la compañía Lloyds firmó un contrato con una sociedad especial de salvamentos marítimos, la cual pidió á Mr. Lake el plano de un aparato con el que pudieran explorarse metódicamente los restos del buque naufragado. La máquina inventada por el sabio ingeniero ha sido construída en Wyvenhoe (Inglaterra) y comenzará á funcionar en breve.

Ante todo trátase de apartar unas 40.000 toneladas de arena acumuladas encima ó alrededor de aquellos restos y de extraer la arena del interior del



Aparato del ingeniero inglés Mr. Simón Lake para explorar los fondos submarinos

barco, previa la destrucción del puente del mismo, si es que aún subsiste, y á este fin el inventor ha construído un gran pontón de quilla plana, de 41 metros de largo por 14'50 de ancho, provisto de cabrias de gran potencia y con una especie de pozo que sirve de abrigo al aparato que someramente vamos á describir. Las máquinas de á bordo hacen funcionar dos potentes bombas centrífugas de 16 pulgadas, construídas especialmente para aspirar la arena; otras dos bombas de menor potencia, en comunicación con la cámara de trabajo submarina, servirán particularmente para descomprimir el interior del buque y se emplearán para proteger á los buzos contra la invasión de las arenas. Estas cuatro bombas tienen una capacidad de evacuación de 40.000 toneladas por cada 24 horas de trabajo; su enorme potencia permitirá extraer en pocos días las arenas aprovechando la calma del verano.

El adjunto grabado indica la manera como funcionará el aparato submarino, que se compone de un tubo y de una cámara de trabajo: el primero, de

31'60 metros de longitud y 1'64 de diámetro, es de planchas de acero, y su extremo superior está unido por medio de charnelas al interior del pontón; una escala interior permite el descenso de los obreros á la cámara de trabajo y varios *water ballast*, instalados á lo largo de las paredes, facilitan la inmersión.

La cámara de trabajo, también de planchas de acero, se basa en los mismos principios que el submarino *Lake*; de 8 pies de ancho y de alto, tiene dos grandes puertas por donde entran los buzos y puede llenarse instantáneamente de aire comprimido; finalmente está provista de varios tragaluzes, al través de los cuales pueden los obreros examinar el fondo del mar iluminado por potentes reflectores puestos en el interior de la cámara.

El aparato funcionará del modo siguiente. Si se trata de operar sobre unos restos cuya situación sea conocida, el barco de superficie, arrastrado por un remolcador, tomará posición, y el tubo, con su cámara, será descendido por medio de cadenas en la dirección y á la profundidad que se quiera. Si, por el contrario, ha de buscarse la situación de los restos de un naufragio, la cámara submarina, gracias á la acción de los *water ballast*, será mantenida en el fondo del mar de manera que una rueda, ingeniosamente fijada debajo de ella, se ponga en contacto con el suelo. Esta rueda, provista de dientes, puede morder las rocas más resbaladizas, es movida por un motor instalado en la cámara y está montada de modo que puede girar en todas direcciones y salvar rocas y otros obstáculos.

El principio del submarino *Lake* se aplicará también á otros usos, especialmente á la explotación de los bancos de ostras perliíferas. Nuestro grabado representa precisamente el aparato aplicado á una operación de este género. Dos dragas, maniobradas mecánicamente, estarán unidas al eje de la cámara por medio de palancas con charnelas y la rueda dentada arrastrará el aparato, incluso el barco de superficie, por toda la extensión del banco. Las dragas, una vez llenas, serán atraídas por una palanca interior que las hará girar sobre el eje para ir á arrojar su contenido en un carretón que correrá sobre rieles dispuestos á lo largo del tubo y llevará las ostras hasta el barco.

Se espera que esta máquina dará excelentes resultados en las aguas claras de Ceylán y que recogerá en un día más perlas que muchos centenares de buzos; pero su principal aplicación será para la busca de tesoros submarinos.

V. FORBIN.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el. El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Veruero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.— Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

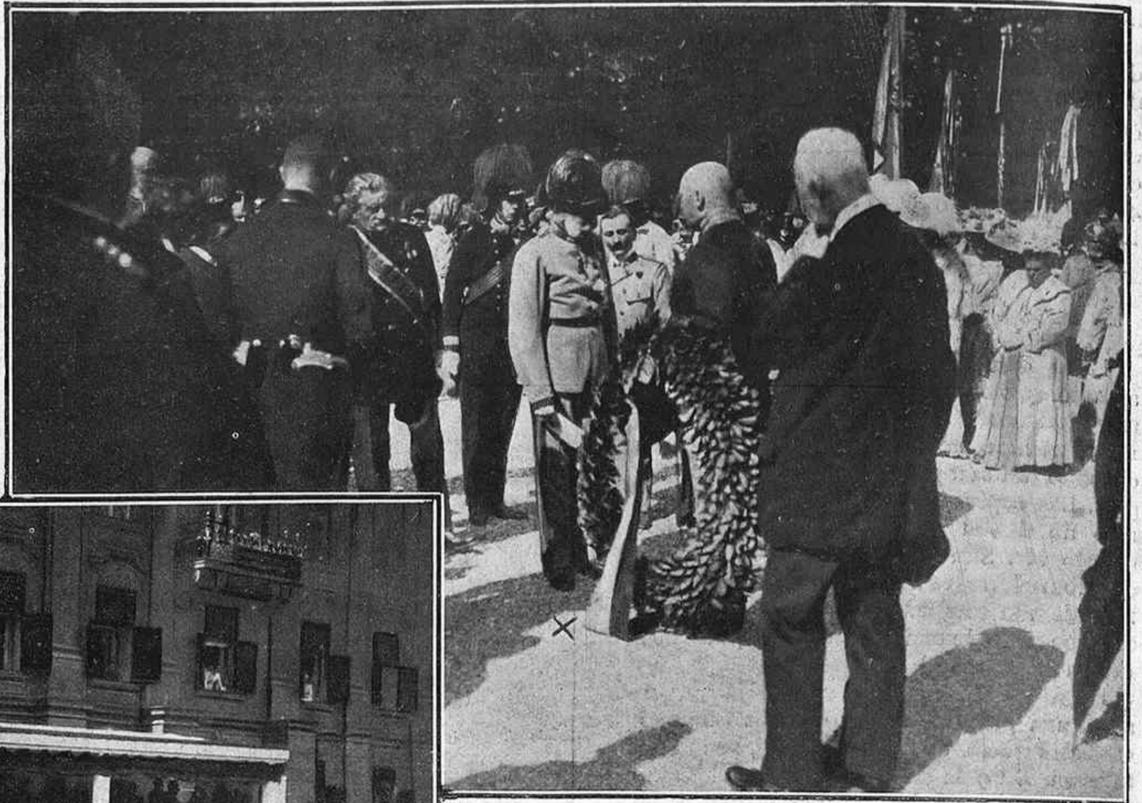
destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVOR** de **DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

EL CENTENARIO DEL LEVANTAMIENTO DEL TIROL
CONTRA NAPOLEÓN I

En el Tirol se han celebrado grandes fiestas conmemorativas del centenario de la gloriosa lucha que aquel pueblo sostuvo contra los ejércitos napoleónicos y de la que fué héroe y mártir Andrés Hofer, fusilado por orden de Napoleón I.

El emperador Francisco José ha querido honrar con su presencia esos festejos, que empezaron el 29 del pasado agosto en Innsbruck. Desde aquella ciudad trasladóse el soberano al monte Isel, en donde se levanta el monumento erigido á la memoria de Hofer; allí se celebró una misa, terminada la cual el gobernador de la provincia pronunció un discurso en italiano y en alemán declarando, en nombre del Tirol, que renovaba la alianza pactada entre sus antepasados y la casa de Habsburgo, y celebrando la inquebrantable fidelidad y la abnegación de los tirolese en el pasado y en el porvenir.

Francisco José contestó diciendo que se acordaba con gratitud de todos los súbditos fieles que, hace cien años, habían sacrificado su vida por su emperador, y añadiendo, en italiano, que siempre había velado con especial solicitud porque aquel



El emperador (x) en el monte Isel disponiéndose á colocar una corona en el monumento de Andrés Hofer, héroe y mártir de aquella lucha por la independencia del Tirol. (De fotografías de Argus Photo Reportage.)



Bregenz.—Desfile del cortejo histórico delante del emperador Francisco José

país disfrutase de los beneficios de la paz y que sentía satisfacción profunda al ver que las dos naciones trabajaban en perfecta armonía por la prosperidad de su patria.

Después el emperador depositó una corona en el monumento de Andrés Hofer y regresó á su palacio entre las aclamaciones de la multitud.

Al día siguiente llegó á Bregenz, en donde fué objeto de una ovación entusiasta; en palacio hubo recepción, en la cual el soberano, contestando á una salutación del gobernador, exhortó á los habitantes del Vorarlberg á conservar las virtudes de sus padres y á enseñar á sus hijos el temor de Dios, el amor al trabajo y la fidelidad á la patria.

Por la tarde efectuóse un gran cortejo histórico, en el que tomaron parte 2 000 tiradores y 2.500 veteranos, que desfilaron delante del emperador entre calurosas aclamaciones. Después la Asociación de los cantantes dió un concierto, y á las seis celebróse un banquete de gala. Por la noche hubo espléndidas iluminaciones en el lago de Constanza y en los montes vecinos.

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS 3 RES
JORET Y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGIR LA SIGNATURE
de BLANCARD

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Paris
Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉRIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Paris
B^{ca} St-Denis, 16
Casa CANDES

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN